SEIECLA Año IV-Número 3 Santiago de Chile, Junio de 1912 Precio: UN PESO



HECHOS Y NOTAS



URANTE el mes de Mayo se ha verificado en Chile un suceso que marcará su huella en la historia de nuestro pueblo, como fecha inicial de la aviación, como primer paso de una forma nueva de sport moderno. El vuelo del señor Luis Acevedo viene á señalar la entra-

da de nuestro país en la forma audaz de conquista del cielo, iniciada por los hermanos Wright en los Estados Unidos de Norte-América.

La teoría de los globos aerostáticos, que se elevan por ser más ligeros que el aire, pasaba por cosa atrevida, pero que la conciencia popular aceptaba; con ella se abrieron nuevos rumbos á las imaginaciones. Por eso, con razón, una marquesa ya moribunda, que presenciaba la elevación de Montgolfieri desde la ventana abierta de su palacio, pudo exclamar: "Siento morirme ahora que todo parece posible, hasta

la prolongación eterna de la vida"

Un hombre de genio. el autor de la "Gioconda" que acaba de ser robada del Museo del Louvre, el gran Leonardo da Vinci. célebre arquitecto y matemático, hizo los planos del primer aeroplano, con la idea de vencer al aire mediante un instrumento más pesado que él. Era concepción enteramente nueva y audaz por todo extremo, basada sobre el mismo principio que permite volar á las aves por la extensión inmensa de los cielos, y desplegar sus alas bajando ó subiendo en las alturas infinitas. ¿Por qué no habría de hacer el hombre lo que los pájaros hacen? Era idea sencilla y genial al mismo tiempo, mas los sabios la consideraron como acto de locura. Pero ¿qué es el genio mismo sino una forma de locura especial?

Se necesitaron siglos para que semejante idea pudiera realizarse, para que viéramos á los hombres elevados en el espacio, mediante una máquina más pesada que el aire mismo. Numerosas víctimas, héroes anónimos caídos á millares, señalan la conquista de los cielos iniciada por aquel Icaro que se quemó las alas pretendiendo subir hasta el mismo sol. Es curioso señalar que en vez de amedrentarse los hombres, cada vez cobran mayores bríos en presencia de la lucha con el espacio. Aerenthal sucumbi..., en Alemania. intentando un vuelo con su aparato imperfecto y primitivo. Precisamente el mismo día, al tener conocimiento de su muerte, por noticias del cable. comenzaron los hermanos Wright á iniar la idea que debía conducirles á la primera construccion del aeroplano moderno.

Aerenthal había construído una serie de aparatos desprovistos de motor, movidos mediante la simple acción de los brazos, consagrando varios años de su vida al estudio vaplicación de las leves del emilibrio para lo cual había hecho una colina artificial desde lo alto de la cual se lanzaba al espacio. En el curso de sus experimentos, una ráfaga de aire le hizo perder el emilibrio arrojándole á tierra, lo

que le produjo caída mortal.

El invento de los automóvilos favoreció de manera decisiva el problema de la aviación, procurando motores livianos que concentraran fuerza considerable con pequeño peso. Los hermanos Wright fueron los primeros que iniciaron el nuevo camino de aciación, aún cuando en libros franceses como el de Pablo Renard, se afirma que fué Santos Dumont, el aviador brasilero establecido en París, quien primero hizo este género de ensayos: baste considerar que el primer vuelo de Santos Dumont fué del año 1006, en tanto que los norte-americanos habían volado, en Carolina, en el año 1001.

Mr. Chanute. profesor de los Wright, había iniciado su vuelo sin motor, imitando los volantines Hargrave, pero sus discípulos fueron los que introdujeron el motor, innovación que al principio no fué creída en Francia, en donde no se dió fé á los vuelos efectuados á distancia de varios kilómetros por los Wright. En vano intentaron los franceses presenciar las primeras pruebas; los americanos se ne-

garon á ejecutar sus vuelos, en los primeros tiempos, en presencia de testigos.

Pero como el rumor del nuevo invento y aplicación del motor de automóviles á los aeroplanos había llegado á Francia, Santos Dumont lo imitó, ejecutando su primer vuelo en tierra francesa el 23 de Octubre de 1906; pero sólo en unos cuantos metros, no en kilómetros como los Wrigth.

Inmediatamente le siguieron Delagrange, Farman, Blériot, y otros que construyeron aeroplanos según el mismo principio. Creíase entonces que sólo podía efectuarse el vuelo en direcciones rectas, siendo imposible el virage; pero luego, la llegada de los hermanos Wright á Francia vino á poner en claro las facilidades que existían para ejecutar los vuelos en direcciones varias. Todos los aeroplanos franceses y americanos derivan del mismo principio del vuelo oblícuo.

En un comienzo, apenas se elevaban del suelo los voladores; pero luego se iniciaron los vuelos en altura y los norte-americanos dieron el record, subiendo á más de cinco mil pies. En cambio la conquista del aire ha costado numerosas víctimas; cada día es por desgracia señalado por la muerte trágica de algún aviador. Los americanos han dado la nota más brillante; fué otro americano. Chávez, el primero que cruzó los Alpes, cerniéndose por paraies á los cuales solamente las águilas habían llegado hasta entonces, y cayó gloriosamente en la gran batalla por el triunfo de la civilización humana.

Los aeroplanos están destinados á servir de manera considerable en tiempo de guerra, como acabamos de verlo en la reciente de Italia con Turquía, en la cual han servido como exploradores de una manera perfecta, señalando los movimientos de los ejércitos en avance, en meiores condiciones que la misma caballería y con mayor rapidez. Pueden tomar planos de las posiciones enemigas y señalar sus lados débiles, permitiendo meior el ataque; de igual manera serán auxiliares preciosos del tiro de artillería por altura, sobre las masas concentradas de tropas y ocultas ó protegidas. Eso sí que no han dado resultado alguno los ensavos hechos para arrojar proyectiles, á pesar de lo que los telegramas italianos aseguran á este respecto, pues no existe precisión alguna en la puntería.

Con todo, lo que va sabemos nos permite afirmar que habrán de ser muy serias las transformaciones que hayan de efectuarse en las operaciones militares mediante el uso del aeroplano. Con esto, el papel de la caballería disminuirá de manera considerable, pues va no puede dar las cargas históricas de los tiempos napoleónicos, dada la rapidez del fuego de infantería, y viene á pasar á segundo término, como elemento de exploraciones.

El Gobierno chileno ha enviado á Europa, según creemos, numerosos oficiales encargados de estudiar aviación; pero los resultados hasta ahora no han quedado en claro, acaso por falta de elementos para efectuar las volaciones.

En la República Argentina ha sido fundado ya el instituto de aviación del ejército, que entre nosotros ni siquiera se provecta.

La iniciativa privada ha dado meiores resultados, pues el señor Acevedo, según nuestros datos, no ha recibido jamás auxilio alguno del Supremo Gobierno. habiendo efectuado su aprendizaje á costa de los mayores sacrificios personales de tiempo y de dinero, pues ha gastado cuanto poseía á trueque de entrar en la gran conquista de los aires. Las condiciones con que le ha sido procurado el aparato, en el cual expone constantemente su vida, son en extremo onerosas para él. Hasta este momento sólo ha conquistado gloria. Sería justicia que se le pusiera al frente del primer establecimiento de aviación nacional, ya que ha sido el primero entre los nuestros que ha emprendido este camino peligroso que conduce á las alturas y á las caídas á menudo mortales.

LUIS ORREGO LUCO

TRADICIONES



UEÑOS, de nuevo, los españoles de la valiente y noble Concepción de Penco, pusieron mano de fierro sobre los patriotas. Se llenaron las cárceles... y qué cárceles aquellas!... En ellas se hacinaron los presos políticos junto con los bandidos, los asesinos, las mujeres de mala vida; en una palabra, con la peor escoria social de aquellos tiempos. En las mazmorras subterraneas del fuerte de Penco.

encerraron á las señoras de Concepción, que no pudiercn ó no quisieron huir de la rabia de sus perseguidores.

Ese "Fuerte de Penco" existe aún... pero su vida será ya corta! En poco tiempo más habrá desaparecido, sepultado por las arenas de las dunas, que como blanco sudario lo yan envolviéndolo, arras-

trándolo hacia las profundidades frías y obscuras. ¿Quién podría defenderlo, arrancándolo á su fatal destino? Esos minúsculos átomos son inflexibles é inexorables como la muerte; así se van devorando monumentos, campos fértiles, palacios y casuchas. Se va hundiendo el fuerte de Penco, arrastrando consigo tantos recuerdos heroicos del pasado, el eco de tantos gemidos: las impresiones de sangre en sus muros de piedra, marca imborrable de las crueldades que presenció!... y con él, encerrados en esos tuburios húmedos. fétidos, están los gruesos, toscos y mohosos instrumentos de suplicios que tanta sangre hicieren brotar, tan horrorosos dolores causaron!... El orgulloso escudo español, con sus leones rampantes, y las coronas de sus reinos, ostentaba, grabado

Se acercó y reconoció á un soldado español que yacía ahí moribundo

las almenas, á tanta altura que un jinete, de pie sobre su caballo, apenas alcanzaba á divisarlo. Hoy toca ya al suelo... y de nada le vale el altivo lema que guió á tantos corazones animosos á la victoria.

Nobles matronas chilenas estuvieron prisioneras en esas inmundas mazmorras; sufrieron enérgicas los insultos groseros de la soldadesca vil; la ironía de los jefes; las insinuaciones insultantes de todos, y la ira feroz de los que no pudieron doblegar su reserva ni arrancarles los secretos que guardaban y que á ellas confiaron sus esposos y padres... De ellas dependió, por algún tiempo, el éxito de la guerra y supieron... sufrir, callar y vencer!

Justo es olvidar rencores; pero no es justo olvidar á los que con sublime esfuerzo nos dieron Patria y Libertad...; Quién conoce hoy el nombre siquiera de esas mujeres?...; Quién sospecha su heroísmo sublime?

Nuestra historia está plagada de episodios gloriosos que, como el Fuerte de Penco, se van sepultando entre las arenas las arenas del Desierto del Olvido. De cuando en cuando se oye como un gemido triste y alejado que parece implorar que alguien las saque del hoyo negro en que van á caer, enterrándose para siempre.

La ciudad de La Concepción de Penco era, á principios del siglo pasado, un aristocrático centro, en el que lucían su hermosura y sus galas las hijas de los soldados españoles que la sed de hazañas heroicas trajo á las Indias, y que se establecieron en Concepción para tomar parte en la guerra con los araucanos.

Los últimos Tercios de Flandes que los Reyes de España tuvieron que retirar de los Países Bajos, era peligroso llevarlos á la Península Ibérica, por lo que decidieron enviarlos á la conquista de los indómitos Araucanos, cuyas grandezas y prodigioso heroísmo, astucia y sagacidad entusiasmaban á los poetas é inflamaban las ima-

ginaciones exaltadas con la relación de conquistas, riquezas y glorias, realizadas por los hombres de aquellos tiempos con energías casi fabulosas.

Entre ellos vinieron segundones de grandes familias; nobles titulados empobrecidos, hidalgos quijotescos, llenas las cabezas de quimeras... Mucho se equivocan los que creen que á Chile sólo vinieron presidarios!... La mayor parte de los buenos apellidos es cierto que ha desaparecido, por extinción ó por decadencia, sin que por eso dejen de quedar florecientes y numerosos en Concepción, Chillán, Cauquenes, Talca, etc.

A raíz de la guerra de la Independencia, muchos volvieron á España, prefiriendo dejar sus tierras y propiedades á la merced de un mayordomo, antes de seguir habitando en un país de insurgentes.

A principios del siglo XVI murió en Madrid el Duque de San

Carlos, siendo el heredero del título un joven Benavente, de Concepción. A mediades del mismo siglo, allá por 1845 ó 48 murió en Madrid, defendiendo los fueros de su joven rei na, el brigadier conde de Donadió, cuyo sucesor fué un joven Quezada de Concepción, sobrino del entonces Presidente de la República.

Podría alargarme en esta nomenclatura, revelando casos olvidados ya ó ignorados que, con seguridad sorprenderían á los que, en tan poco estiman á nuestros antepasados; pero eso sería ajeno al objeto de esta insignificante charla.

Las ideas de independencia y libertad sorprendieron, dividiéndolas, á las familias de Concepción. La desunión se introdujo en los hogares: los hijos eran contrarios á los padres; las mujeres contra sus esposos; las tímidas doncellas

se volvieron, como por encanto, valientes y útiles servidoras de la causa que había logrado entusiasmarlas; siendo casi siempre la misma que la del elegido de su corazón...

Dueños los españoles de Concepción, se produjo el éxodo de las familias patriotas. Sorprendiendo la vigilancia de los conquistadores, con astusias increíbles y exponiéndose á sus iras y crueldades, huyeron algunas por mar, otras se refugiaron en las montañas, atravesando la cordillera y, por fin, algunas se dirigieron á Santiago.

Entre éstas se formó un núcleo de familias pudientes y emparentadas entre sí que decidieron huir, bordeando la gran cordillera, hasta llegar á la capital. Era aquélla una tribu de hombres ancianos, jóvenes y niños; de matronas y jovencitas; de esclavos indios que llevaban el alimento sobre sus hombros, de sirvientes y animales.

¿Cómo pudieron escaparse? Misterios son esos que están sepultados en el olvido y que talvez no será difícil adivinar, atribuyéndolo á la simpatía del jefe español ó la venalidad de sus subalternos. Llevaban un guía seguro que se comprometió á servirlos fielmente y, Dios mediante! dejarlos en Santiago dentro de dos meses, á lo más... Abriéndose camino por entre los bosques primitivos, enmarañados de malezas, obstruídos por troncos y peñascos, caminaban de noche, durante el día se ocultaban en guaridas inaccesibles, como bestias salvaies.

Entre los niños iba uno, vivísimo y listo, de diez á doce años, que tenía un loro, su amigo y compañero inseparable, desde que lo obtuvo de un capitán de buque velero. Eligieron que lo dejara en la casa mientras se ausentaban por algunas horas, con permiso del Exemo. señor Brigadier, como le dijeron. Al astituto chico no le valieron razones y apretando contra su pecho al pájaro, que gritaba



el primero sacudía ya el látigo sobre las espaldas del niño cuando éste, veloz como una ardilla, se trepó hasta la cima de un árbol, mientras el maldito pájaro gritaba como un endemoniado: "¡Socorro! ¡socorro! ¡qué me matan!" En medio de tan infernal batahola el niño declaró que se quedaba en Concepción con su padrino el Brigadier Ordóñez, si no le dejaban llevar á su amigo. La razón era expuesta y hubo que parlamentar. Conseguido lo que quería, bajóse el chico, manteniéndose alejado de sus padres, por temor á la severidad de aquellos tiempos. Tuvo miedo, sin duda, aquel señor de que su hijo cumpliera su amenaza y lo dejó tranquilo, sin hacer más caso ni de él ni del loro.

no se movería. El pa-

dre y la madre ame-

nazaban inútilmente y

Aquel grupo de familias era formado por algunos miembros de las de Prieto, Vial, Zañartu, del Río, Zerrano, Cruz. Animosos y decididos marchaban todos, soportando, hasta con alegría, sus penurias infinitas. Se alimentaban de harina tostada, de maíz, avellanas y piñones que recogían en el camino. Las indias amasaban tortillas, que hacían cocer al rescoldo de las cenizas de un fuego prendido con tanta cautela, para evitar que el humo pudiera delatarlos; los hombres y los niños cazaban zorras y aves á puño ó con trampas, que en seguida asaban, enterrándolas con carbones y ramas encendidas.—; Qué suculentas les parecían estas comidas!!

Años más tarde oía á mi querido amigo don Manuel Zerrano, que fué el niño del loro, conversar sobre todo esto con otros niños de la época. Ancianos ya, cubiertos de glorias y que recordaban con gusto aquel viaje, riéndose de sus episodios alegres, mientras que en los largos ratos de silencio y reflexión, los ví á hurtadillas secarse las lágrimas que corrían por sus arrugadas y bronceadas mejillas.

Ellos fueron los éclaireurs de esa marcha fantástica y á fe que

con su viveza y astucia más de una vez los libraron de peligrosos encuentros. Los heroicos chicos se llamaban J. Antonio Alemparte, Manuel Zañartu, Francisco y Manuel Bulnes y Manuel Zerrano!

Advertidas las autoridades españolas de la ausencia prolongada de tanta familia principal, enviaron adictos á las casas y campos, emplazándolas para que, en día fijo, se reunieran todas en la sala del despacho del Excmo. Brigadier General Comandante de la plaza... seguía la larga y espeluznante lista de castigos, proscripciones y destierros que serían la consecuencia inevitable de la desobediencia á esa orden que se daba en nombre de su Sacra Réal Majestad el Rey de España é Indias.

Nadie contestó, y tuvieron, las autoridades españolas que convencerse de que habían sido burladas. Se enviaron patrullas de soldados que recorrieran la campiña, que treparan cerros, que cruzaran ríos en persecución de los prófugos. Todo fué en vano!

—"Mi brigadier: el diablo se los tragó á esos..." dijo enfurecido el jefe de una de las patrullas á su general que lo interrogaba.

En estas y otras diligencias habían transcurrido quince días. Los pobres prófugos, aunque siempre animosos, sentían como que las fuerzas quisieran flaquearles. Según los cálculos del guía, José Salvo, debían encontrarse á la altura de Cauquenes, extensa hacienda de los marqueses Manríquez de Urrutia, que, aunque adictos á la causa de la Patria, ocultaban sus ideas para poderla servir mejor.

Se reunieron en consejo los jefes de cada una de esas familias y resolvieron mandar al más audaz á tomar lenguas, enterándose de si eran perseguidos y otras indagaciones delicadas.

Se sortearon entre los jóvenes más listos y cautelosos, tocándole la suerte á E. Enríquez de Trastamara, joven y apuesto mancebo, que. en la guerra de Arauco, había recibido el bautismo del fuego, logrando, á fuerza de valor, astucia y sangre fría, sorprender á una reducción del cacique Collico, derrotarlo, hacerlo huír dejando abandonados á los prisioneros españoles que se disponía á sacrificar.

Recibió gozosísimo su misión y, sin necesidad de mucho disfraz, pues sus ropas estaban despedazadas. su tez y manos curtidas y todo su aspecto andrajoso, se despidió de sus compañeros, después de concertar señales y avisos.

Toda esa noche caminó hacia el sur para desorientar las sospechas de los que le encontraran. Al clarear divisó á cierta distancia un punto rojo que le llamó la atención; se acercó y reconoció á un soldado español que yacía ahí moribundo, extenuado por el

hambre y la sed, pues hacía 4 días que no comía por haberse extraviado de su tropa. Por él supo Enríquez la tenaz persecución de que eran objeto, como también la traición de un indio que iba con ellos y que había prometido entregarlos. Bien recordó la sospecha que en ellos había despertado la ausencia del indio, que se disculpó diciendo que se había extraviado en el camino y la vigilancia estricta de que se le rodeaba: atándolo de día á un árbol con centinela de vista y arriándole en la noche, cargado de provisiones, como á una bestia vil. Gracias á esa crueldad necesaria, muy criticada por las mujeres, lograron librarse de ser entregados. Después de hacerle beber agua con harina que lo reconfortó, le decidió á que se juntara con él para llegar á lo de don Manrique, donde iba á conchabarse como peón en las faenas de la cosecha. Conversaron durante el largo trayecto y pudo darse cuenta del peligro que corría la extenuada caravana. El indio Guiñez, criollo de mala raza, debía entregarlos, al día siguiente, á la altura de Linares. Su corazón se estremecía de espanto!

Llegaron á las casas del fundo, larga hilera de cuartos, techados de totora en donde pudo entenderse sigilosamente con don Domingo Manríquez de Urrutia, á quién puso al corriente del serio peligro que corrían sus amigos. Ambos decidieron de que se iría tan luego como la prudencia se lo permitiera y fijaron las señales que se enviarían mútuamente para avisarse lo que convenía que supieran. Embriagó á su flamante amigo hasta dejarlo insensible y trepándose sobre un caballo que encontró á su paso, emprendió su camino hacia las montañas donde era ansiosamente esperado.

Encontró en el camino á dos soldados españoles que, desde lejos, le intimaron que se detuviera apuntando sobre él sus carabinas. Haciendo grandes demostraciones de espanto, se detuvo, mientras que por entre sus pupilas observaba los movimientos de sus enemigos, calculando al mismo tiempo las oportunidades de que pudiera aprovecharse.

Al acercarse, los soldados le hicieron echar pie á tierra y le interrogaron minuciosamente.

Salió airoso de todo. logrando no despertar en lo menor las sos-

TRADICIONES 67

pechas del cabo; no así las del soldado, que le miraba fijamente con irónica sonrisa. Después de un largo rato se decidió el cabo á dejarlo marcharse, pero no antes de cruzarle las espaldas con cruel rebencazo.

"Toma ése, patán, ya que no lo puede recibir un mundo insurgente".

Un grito de dolor razgó los aires, que más hubiera parecido de cólera si no hubiera sido arrojado por un ser tan vil.

Al subirse al caballo *le tiró otro rebencazo*, que por providencial casualidad dió en el anca del caballo, que con el dolor se encabritó, lanzándose luego á saltos v carreras por aquellos arenales.

El cabo se sujetaba los lomos riéndose á mandíbula batiente, mientras que el otro seguía pensativo la vertiginosa carrera del caballo, al mismo tiempo que observaba con gesto ceñudo la firme seguridad del jinete.

Cuando lo perdieron de vista, volvieron grupas y se echaron á galopar hacia las casas de don Domingo Manríquez de Urrutia.

Iban ya muy cerca cuando el cabo dijo:

"Lo que es hoy, hemos perdido el tiempo... sólo el diablo podría desenterrar á esos...! Talvez á esta hora estén todos muertos... Dios N. S. así lo ha de permitir!"—dijo santiguándose.

—"Me parece que hoy se nos fué una buena presa"—contestó el soldado con morriña.

→"¿Qué dices?"-exclamó el otro.

El soldado, señalando con el gesto hacia donde habían desaparecido caballo y jinete, dijo:—"Ese era insurgente..."

—"A sujetarlo"!—exclamó incontinenti el cabo, azotando á su caballo que, cansado y abrumado con la pesada carga del hombre y sus arreos, no le obedecía con ligereza. El otro seguía sin decir palabra.

Mientras tanto internándose Enríquez por la montaña, después de andar por vericuetos, de abrirse camino por entre bosques inaccesibles, de desandar lo andado, de borrar las huellas que iba dejando con tan meticulosa proligidad que nadie pudiera descubrirlas, y de haber dejado su cabalgadura libre, soltándole las cinchas, al entrar á la montaña, se detuvo al pie de un corpulento roble y dió tres aullidos de zorra; después de un rato baló como oveja cuyo hijo se ha perdido y lo busca... por último, después de un intervalo, gritó como choroy.

Como por encanto cayeron á sus pies, al parecer del cielo, tres muchachos y el loro. —"Sin novedad!"—díjole uno de ellos.

-"Escuchad si viene gente".

Pusieron los tres el oído sobre el muzgo.

La levantó al cabo de algunos minutos Manuel Zañartu.

—"Vienen,—dijo en voz muy baja.—son pisadas de caballos".

-"Cuántos".

- Parecen dos".

- '¿Nada más?''

Movió el niño la cabeza.

—"Otro caballo vá corriendo"—dijo con pausa J. Antonio Alemparte, dando un salto sobre sus pies con inaudita ligereza.

"—De babor á estribor, guerra con los sarracenos"—gritó el loro que hasta ese momento había estado silencioso comiéndose un piñón. Los tres muchachos le apretaban el pico.

Les mandó Enriquez que se volvieran á su escondite en la cumbre de los árboles y esperó.

Más ó menos después de transcurrir una hora larga, le pareció ofr ruido de ramas que con cautela se separaban.

De nuevo dió un prolongado y agudo graznido de ave descarriada de su bandada, á la que respondió el chirrido de un ratón desde la copa de los árboles vecinos. Tranquilo se agazapó y esperó con el oído atento siguiendo el cauteloso camino que, por entre las ramas, yenían abriéndose los que se acercaban.

Escondido tras de un grueso tronco de árbol, podía observar sus menores movimientos.

Llegaron por fin con sus ropas despedazadas, sus botas colgando á las espaldas —— una cuerda, rojos de ira, de sed, hambre y calor y se echaron al suelo de barriga para descansar un momento. Enríquez no se movía, después que les oyó los primeros ronquidos; esperó aún y pasado de un rato dió un cauteloso silbido, que luego contestaron los niños dejándose caer silenciosos.—Con la mano les mostró á los soldados dormidos.—En un santiamén los diablillos, trabajando como elfos fantásticos les amarraron los pies, les pasaron cordeles por la cintura; les ataron las manos sujetándolos del pescuezo á un tronco de árbol.—Ya estaban ahí los cinco gozándose de su obra, saltando sobre los cuerpos dormidos y que el cansancio no permitía moverse, mientras que Enríquez se dirigió al sitio donde habían quedado los caballos á los que soltó dándoles libertad. Con carrera desenfrenada se lanzaron por aquellas soledades sin que nunca se supiera lo que había sido de ellos.

Llevados los dos españoles al campo de los patriotas, y amenazados con ser fusilados si no revelaban lo que supieran sobre la marcha de los destacamentos que los perseguían. Después de consultarse ambos con la mirada, dijo Núñez:

—"Pues, lo que es yo, señores, me rindo!... esperaba esta ocasión y la acepto... Yo lo reconocí á vuestra merced señor Enríquez..."

—"Qué he de hacer yo también, repuso el cabo, me rindo, y que "Viva la Patria!"

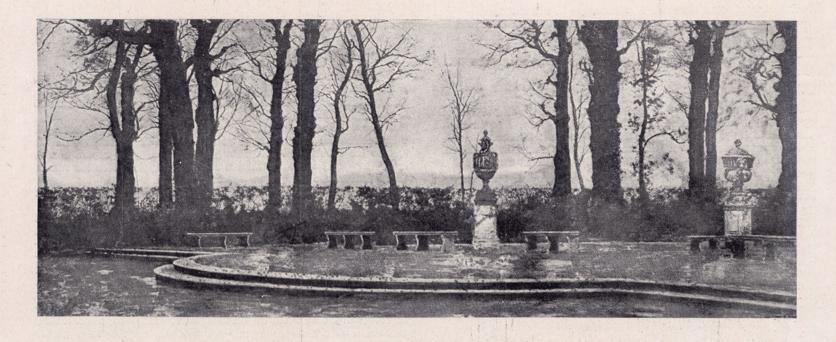
Así, milagrosamente, se salvaron los prófugos de la Concepción.— Desde Talca hasta Santiago los protegieron las montoneras patriotas que recorrían aquellos campos sembrando el terror entre los realistas.

Le of a Enrique Enríquez de Trastamara esta relación. Viejo ya, se complação en referirla y yo la recuerdo como os la doy, esperando que, siquiera por un momento, vuestro pensamiento envíe un cariñoso recuerdo de gratitud a esos abnegados y buenos patriotas.

GA'VERRA



Oiseau Mouche, por Oviedo y Morondonga, propiedad del Stud Burlesco, ganador de los dos premios de £ 1,000 ofrecidas por el Jockey Club Argentino



EN INVIERNO



A á entrar el invierno — me dijiste melancólicamente, contrayendo los labios pálidos, como si sintieras un escalofrío. Es casi invierno ya...

Y callaste. Tus pies menudos, sobre las hojas secas, cantaban una romanza melodiosa de tristeza; tus manos, escon-

didas en el abrigo ducal, cantaban un poema de recogimiento; tus ojos, infinitamente azules, cantaban un rondel vago de desesperanza.

Ibamos por la callecilla umbrosa, bordeada de árboles y de maleza, por esta umbrosa callecilla de nuestro viejo Chapultepec, que tú y yo tanto amamos. El bosque estaba sombrío. parecía como sobrecogido de temor y de silencio. Ni un ruido, como no fuese el del caer una hoja. Ni un rumor de agua corriente. Ni un rayo de sol. Nada... En un cielo plúmbeo, las nubes negras corrían, unas tras otras, como persiguiéndose afanadas, en feroz carrera. Hacia el poniente adivinábase el crepúsculo apenas, en una leve palpitación de luz opaca, contenida como el suspiro de una amorosa ante los ojos crueles que no reflejan amor.

Y yo comprendí por tus miradas la pena que aquello te producía. Recordaba sin duda entonces los alegres días de sol en que los pájaros cantan y reverdecen los follajes; días dichosos en que los nervios yacían en calma sedante, y la naturaleza convidaba al goce de los placeres sanos y tranquilos. Recordabas sin duda el aire de entonces, tibio como caricia; el rumor de la fronda, que te hacía sonreír, como al arrullo de tiorbas lejanas; las flores, que más que al deleite del olfato, movían á la grata contemplación, tejiendo encajes caprichosos sobre el vivo color de esmeralda de los céspedes. ¡Y las frutas! ¿Te acuerdas de las frutas, meciéndose en las ramas de los huertos; de las frutas que despertaban la codicia de las manos y hacían soñar en labios rojos empapados en miel jugosa?...

En todo eso pensabas, yo lo comprendí, observando las miradas de pena de tus ojos.

Y en el silencio del bosque, un rumor distante se dejó oír. Ráfagas de aire helado soplaron después. El viento sacudía los pequeños arbustos; hacía correr un estremecimiento letal por las malezas; azotaba los añosos ahuehuetes, viejos abuelos de cabecera verdirroja, como magos de leyenda. Y las hojas huían, despavoridas, como en bandadas. Y gotas de lluvia, de lluvia fría, harto distintas de las bienhechoras de estío, empezaron á caer.

—¿Por qué—murmuraste entonces — esta tristeza del invierno?

La tristeza del invierno, contrastando con la melancolía poética del otoño, con la rústica placidez del verano, con la regocijada alegría de la primavera, te sublevaba. La añoranza de tus vaporosos vestidos blancos, de tus claros listones, de tus enflorados sombreros, te hacía aparecer entonces aún más encantadora enfundada en la amplia capa obscura, que te cubría del cuello á los pies, dejando apenas libres los enguantados brazos.

El viento cesó de soplar, y un aleteo hubo de escucharse en lo alto de las ramas.

Cuando volvieron la quietud y el silencio, recobrando con ellas el bosque su primitivo gesto sombrío, con gentil espíritu de observación quisiste revelarme la semejanza que existe entre ciertos estados de la naturaleza y otros del alma, reflejados por los músicos. Encontrabas un parecido sorprendente entre la selva torturada por el invierno y algunos "andantes" de Beethoven; ni más ni menos que como en otro tiempo, allá junto al piano, mientras descansabas llenas de fatiga las manos blancas, imaginaste representar al otoño en fragmentos exquisitos de Chopin y Schumann, y á la primavera en la música admirablemente colorida de Félix Méndelssohn.

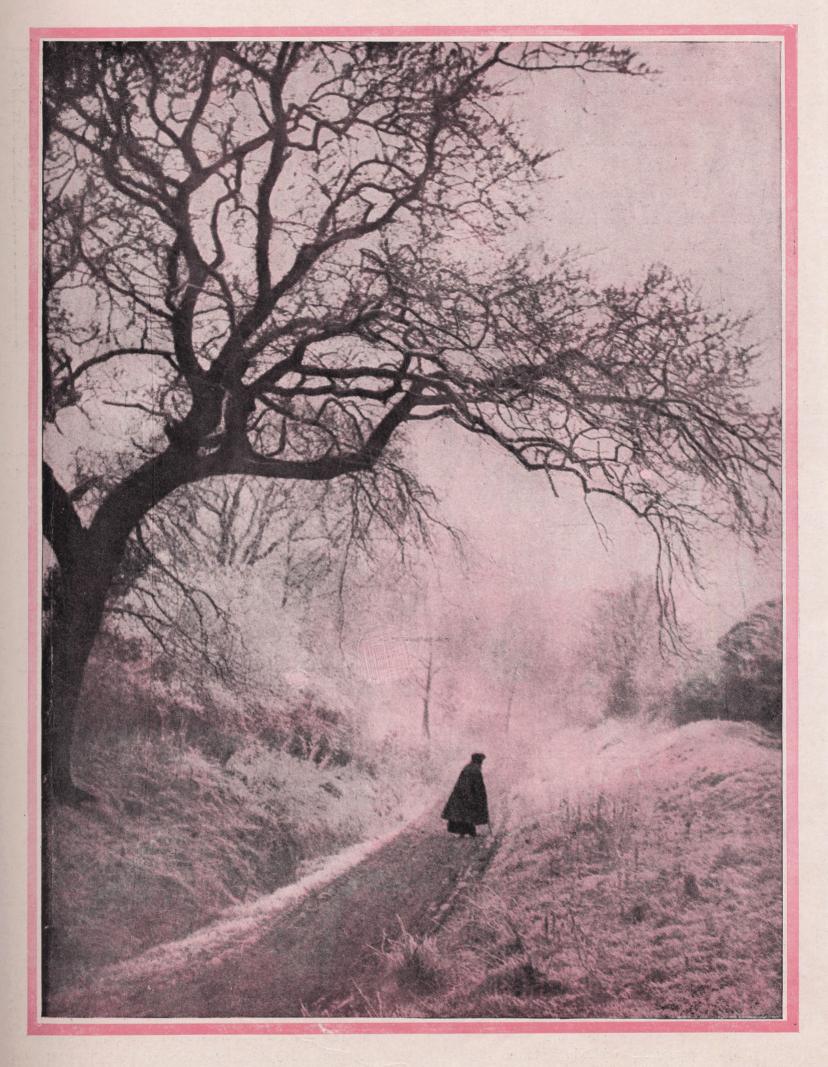
No olvidaré nunca la emoción de tu voz en aquel instante. La evocación del recuerdo artístico fundíase en tu ánimo con la contemplación presente. El arte era para tí entonces como un espejo de la naturaleza, y tus palabras, rememorando, rememorando, nos hacían escuchar á los dos nuevamente, como por obra de sobrenatural encantamiento, los severos paisajes beethovianos, en consonancia con el paisaje que veían nuestros ojos. Feliz tú, joh, suscitadora de impresiones de belleza interior!

Reavivabas en tu espíritu la sensación de arte que te diera placer, para atenuar la dolorosa sensación del momento ante el bosque mudo y silencioso. Y en tus pupilas azuies yo aseguraría que se reflejaba, con luz increada, el resplandor intenso de una luz espiritual. Y en tu sonrisa de aquel instante, yo jurara que se traducía una grata satisfacción.

En el reloj del castillo sonaron las cinco, cinco notas argentinas, metálicas, que pasaron vibrando, en el silencio de la tarde, hasta perderse á lo lejos, entre el arbolado.

E instintivamente, tú te volviste hacia el ocaso. Buscabas el crepúsculo, bien lo sé, y alcanzaste á columbrar la última palpitación del día.

—Va á entrar el invierno—repetiste melancólicamente, al partir, envolviendo con tu mirada azul á los árboles.— Es casi invierno ya...



INVIERNO



EN LA BRETAÑA

LEGOUT-GERARD

Dos sonetos de Robert de Pre-Hecy

LOCO SUBLIME

De la rodela armado y de la lanza, los campos atraviesa don Quijote de su fiel Rocinante al duro trote, seguido del sencillo Sancho Panza.

La reforma del mundo es su esperanza y todo aquello que maldad denote golpea, despiadado, con su azote y, altivo visionario, siempre avanza.

El cansancio no siente en la pelea á que osado provoca á algún gigante y, fijo el pensamiento á todo instante en su hermosa y amada Dulcinea, resuelto, caminando á la ventura, va el manchego exhibiendo su locura...

EL ORGULLO DE LA SELVA

El roble á cuya sombra protectora cantó sus glorias el cacique osado, con estruendo terrible, derribado ha sido por el hacha brilladora.

El bosque umbroso, al contemplarlo ahora por dos robustos bueyes arrastrado, recuerda en su memoria lo pasado, triste se inclina y en silencio llora...

Atravesando el áspero camino llega el roble á cumplir con su destino; rueda hasta el banco en bruscos movimientos

y al contacto acerado de la sierra parece que dijera en sus lamentos la historia heroica de la antigua guerra.

Aguas fuertes de Frank Brangwyng



Frank Brangwyng

La personalidad de Frank Brangwyng, me parece todo bien mirado, como la más brilante de la escuela inglesa contemporánea. Resueltamente inglesa en su carácter, quizás más que cualquiera otra lleva todos los caracteres distintivos de la raza, á pesar de lo cual su obra es

universalmente comprendida y admirada. E n Italia, en Bélgica, en Ale-

mania, en Francia, en Austria y en Rusia, provoca el entusiasmo de los admiradores, de los conocedores y de los artistas; cuanto á Francia se refiere, el movimiento artístico francés se limita, por desgracia, únicamente á París; ninguno de los que se ocupan de arte habrá olvidado la participación del maestro de los Bucaniers en la última Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Y quién no recuerda los radiantes frescos decorativos con que fué ornamentada la fachada del Hotel de Arte Nuevo por Brangwyng, en la calle de Provenza? Desde entonces, raras veces figuró este artista entre los nuestros, absorbido como estaba por importantes pedidos de pintura decorativa que le impedían concurrir á los salones anuales. Por petición nuestra, sin embargo, tomó parte en varios salones de la Sociedad Nueva de Pintores. En seguida solamente se

vió expuestas admirables Aguas-fuertes de las que él hace y en las cuales se revelan, en más alto grado aún que en sus pinturas, las admirables condiciones de artista que posee; son páginas grabadas, suntuosas y profundas, misteriosas y commovedoras, en las cuales su genio luce más que en cosa alguna—su extraño genio de visionario, de carácter propio y único. Una exposición organizada por el director de la Galería Boissy d'Anglais, el señor Jorege Feure con el concurso amistoso de la Sociedad de Artes Decorativas que posee la exclusividad de las produc-



Molinos de viento en Brujas



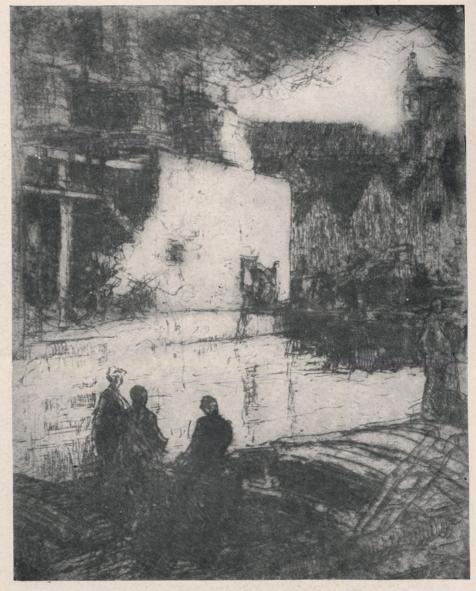
La Tempestad

ciones de Frank Brangwyng, acaba de reunir diez cuadros de caballete, veinte dibujos, sesenta aguas-fuertes y diez litografías de su mano. De manera que, gracias á la iniciativa del artista tan original como es Jorege de Feure, para quien ha sido honor el inaugurar exposiciones de obras de artista tan notable como Brangwyng, nos es permitido formarnos idea aproximada de la obra de semejante maestro-la palabra no es excesiva--sobre todo si se le mira como agua-fuertista. Ahora vamos á estudiarle desde esta sola faz de su talento.

Las aguas-fuertes de Brangwyng no son grabados que cualquiera se echa á la cartera, y puede decirse que es inútil acercarse á ellos para otra cosa que no sea el admirarles en la plenitud de su belleza. No es ciertamente que no se experimente vivísimo placer en estudiar los detalles sabrosísimos en los cuales abundan, en investigar las profundidades de aquellas notas poderosas y sombrías, que jamás son vagas ó secas, ó en interrogar las impresiones de las medias tintas, las luces ardientes ó burlonas

que dan á sus planchas tanta vida; no trata de maravillarnos con las sutilezas, con las delicadezas de su oficio, por otra parte prodigioso. Sus aguas-fuertes han sido hechas para ser colgadas en las murallas; sus aguas-fuertes son, lo que llamaría ritmos decorativos, usando una palabra que no significa, por desgracia, entre nosotros, sino una parte de la *mise en scene* de anécdotas vulgares ó amaneradas, ó el relieve interesado de apuntes del natural, puesto en valor mediante métodos sumarios y rápidos. Tal es el ritmo decorativo.

Que semejante ritmo varíe, en cada una de ellas, según el asunto ó más bien según la serie, figurando cada agua-fuerte como estrofa, más ó menos desarrollada de algún gran poema destinado á la glorificación de idea soberana, nada es más normal; y no quedaríamos sorprendidos, por cierto, de verlas adoptadas para caracterizar tal ó cual serie de motivos, tal ó cual gama colorida, tal ó cual leit motiv, si es lícito decirlo, escogido entre mil que se presentaran á su ojo, á su espíritu ó á su mano, como el más expresivo, como el más capaz de exaltar, de hacer valer las bellezas secretas del asunto. Quién no habrá de sentir que tiene razón al obrar de esta manera, dado el propósito que persigue, cuando los medios de expresión que posee un artista, un músico, un escritor, para tratar un asunto, no pueden ser los mismos de los cuales haya de valerse para tratar otros, y que es de la inobservancia de este principio esencial, tan sencillo, tan lógico sin



Una cervecería en Brujas (Bélgica)



Mendigos

embargo, de lo que han nacido en arte, en literatura, en música, lamentables errores?

Esas preocupaciones de las cuales hablo, son necesarias, constituyen en Brangwyng una de las características dominantes de su personalidad. A través de las diversas series de motivos que componen actualmente su obra grabada, serie flamenca, serie londinense, serie italiana, serie francesa,-poseen, por variadas que sean, una completa unidad artística, rica en imprevisto. A su potencia frenética de visión, á su energía irresistible de ejecución, fijan, por decirlo así, un límite, sin el cual iría demasiado lejos, quizás excedería la realidad en sus dominios, arriesgándose á perder pie. Pero su sentido decorativo le retiene; posee á fondo el arte de equilibrar sus efectos, el arte de proporcionar las masas de sombra, de penumbra y de luz, el arte de dar á sus arabescos la importancia que les corresponde y no más allá de ella, extralimitándose.

Acaso tales observaciones no valgan la pena, en tratándose de un artista de un temperamento de tal manera vibrante, tan espontáneo, digno de sutiles análisis, y vale más saborear, sencillamente, las sensaciones nuevas y fuertes, profundas é inolvidables que de sus obras se desprenden.

T. DESVE



MARIA ADELAIDA DE LUXEMBURGO

La Gran Duquesa María Adelaida de Luxemburgo, que ha sucedido á su padre el Gran Duque Guillermo III. La nueva Gran Duquesa cuenta apenas dieciocho años y á pesar de su juventud, dícese que no ignora nada de las sutilezas de la diplomacia, que tiene un gran dominio de sí misma y que, sin dejar de doblegarse á las exigencias de una severa etiqueta, quiere conservar su libre criterio y no enagenar su voluntad.

Parténope ó la Escala imprevista



ARIOS días hacía ya que las galeras del señor de Bibonne remaban de largo, cuando á su turno el señor de Beaufort se hizo á la isla de Creta, con su escuadra de alto bordo. De semejante manera bogaban por el año de gracia de 1669 los diez mil sables y las picas y mosquetes con los cuales el ejército á las órdenes del señor de Navailles, tenía orden recibida de libertar á Can-

dia para triunfo de Cristo y gloria del rey.

Despachóse correo de Tolón á Versalles para anunciar al rey la feliz nueva de la partida. No había recorrido seis leguas aún, cuando fortísimo viento desencasquetó su cabeza cubierta por gorra galoneada.

Semejante borrasca venía de la mar. Tanto se enderezaba al cielo como á la corte, sin duda, y más parecía salida de las grutas de Lucifer que de las cavernas de Eolo porque al frente de las islas de Hières había maltratado las carabelas del señor de Beaufort, y roto el palo mayor de la "Sirena".

En cuanto sobrevino la calma, el comandante cojió el portavez, y se puso en comunicación con el jefe de la escuadra, el Gran Maestre cuya nave se había juntado con la suya por efecto de la tempestad.

El propio señor de Beaufort, agarrado de la barandilla del "Monarca", con traza furiosa y rojo de cólera, se apuntaló de un puñetazo la peluca encima de la oreja, respondiendo á su subalterno que "la avería era culpa suya, y de su torpeza, y que no tenía tiempo de retardar su victoria á causa de un Juan porquería co mo él; que por su parte le enviaba á los diez mil demonios."

Oyendo esto, el señor Cogoulin se puso también colorado, contestando á su turno que si se le dejaba tomar por otro camino más corto, podría llegar el mismo día y á la misma hora que el señor Gran Maestre á Candia, siempre que tomara por el mar Tirreno, cuyo camino es más abrigado que el de Malta, en donde la escuadra de los caballeros debía unirse á la de Francia. El almirante pareció reflexionar por un momento y luego su trompeta de bronce rugió la respuesta: "La concentración de las fuerzas combinadas se verificaría en Cerigo. Daba allí cita á la "Sirena" y á las dos naves que designaba para convoyarla, el "Conde" y la "Princesa".

A bordo del primero el señor de Kergean, y á bordo del segundo el señor Gavaret mandaron que se cargara las velas de mesana, privándose así de las mismas velas que su infortunado camarada, para seguir la misma suerte bajo el viento.

Las tres naves navegaban en conserva ahora.

A causa de lo mal acondicionado de la "Sirena" se mantenían cerca del litoral; y los toscanos, luego los ligures llegaron á pasar cerca, por el horizonte de la fila de veleros, blancos y lejanos, henchidos por buena brisa, con la gracia majestuosa que tiene algo del estandarte y del cisne.

Costeadas algunas islas, pudieron observar el convoy más de cerca. Vióse las carenas, más altas de popa $qu_{\tilde{e}}$ de proa. Admiróse sus figuras de proa, sobre todo las del segundo navío: una sirena al natural, que con la cabeza alargada, parecía estirar los brazos para mover el buque, arrastrándole hacia su destino, en tanto que las otras dos conchas parecían empujar su estatua inerte, ésta la de un caballero, la otra la de una reina de plata.

Los ojos de los cañones fueron contados por los agujeros de las bordas; los vaivenes hacían brillar el bronce de sus bocas á los rayos del sol que las encendían ó las llevaban á la sombra.

Y por fin, cuando esos paseantes del mar se alejaban, volviéndose las espaldas uno á otro, maravillábase en sus castillos de proa, á tal punto suntuosos que sorprendían con sus prodigalidades de oro y sus artesonados y cariátides y balaustradas.

Tales palacios rutilantes se vislumbraban de lejos. Cada mañana y cada tarde tronaba el cañón junto con subir algo pálido, entre las grandes linternas de armoriales. Era el pabellón de la flor de lys unido al estandarte del Papa.

Los riberanos y los insulares deseaban éxito á los navíos cristianos, augurando buen viaje del buen tiempo ya vuelto; porque el cielo de azul con sus nubes blancas enarbolaban los colores de la señora Virgen, y el mar estaba de azul de rey.

Cuatro veces las banderas unidas fueron bajadas en crepúscutos de gloria. Pero el quinto poniente, sombrío y nebuloso, llenó de aprensiones al señor de Kergean, de Cogoulin y al de Gavaret. La noche fué diabólica, un ciclón torbellineó. La ola rugiente cojió los navíos y les salpicó, haciendo crujir sus tablas; los capitanes se confesaron vencidos.

Toda maniobra era imposible, todo comando irrisorio.

El señor de Kergean rezó.

El señor de Cogoulin tomó rapé.

El señor de Gavaret juró.

Y esperaron la suerte, cada cual en su puesto.

Nunca sus ojos tuvieron menos labor y sus oídos mayor cuidado, tan grande era el estrépito que allí reinaba en tamaña obscuridad. A veces, sin embargo, el rayo iluminaba trágicamente la obscuridad del desorden y dejaba á la pupila impresión de tal manera breve que no había tiempo de diseñarse. El mar parecía entonces cadena de montañas que brillara, en la cual los navíos ya tocaban á un pico, ya caían al abismo del valle. Y tal espectáculo hacía pensar al señor de Kergean que después de todo, las montañas no son más que una forma del océano.

El señor de Cogoulin pensaba en la calma del Marais, en París, en donde se hallaban el hotel de Cogoulin y su cuarto en que dormía.

El señor de Gavaret juraba siempre.

Y esperaron la fortuna cada cual en su puesto.

Por fin la aurora con sus dedos lívidos reveló la vecindad de una fragata, hacia estribor, y hacia babor la vecindad de tres escollos. En pos de éstos se prolongaba una estrecha faja de tierra.

Con gran trabajo se evitó los escollos. La "Sirena" estuvo á punto de quedarse en ellos; pero el señor de Cogoulin, viendo esto, ordenó la maniobra salvadora. Por desgracia, el esfuerzo del navío arrojó por la borda cuatro marineros y no fué dable salvarlos en tan críticas circunstancias.

Era prudente, dada la insuficiencia de los elementos de salvataie, no obstinarse demasiado en contra de la naturaleza.

Al cabo de una hora, las tres naves alineadas, anclaban en una rada apacible, con la proa hacia alta mar, y los capitanes en canoa, podían dar la vuelta y contemplar el espolón roto de la "Sirena".

Principalmente la popa de madera pintada había sufrido con el accidente. Estaba decapitada, manca del brazo derecho, herida en su torso de mujer y en la parte de sirena. Sus llagas y sus heridas humanas mostraban el tronco de un alerce.

El señor de Gavaret consignó el triste detalle de que una mancha de sangre tachonaba la ninfa. Alguno de los cuatro marinercs, sin duda, se había aferrado de ella sin más resultado que ser azotado contra su pecho.

El señor de Cogoulin sonrió á pesar de todo. No por esto atrasaría la marcha de su nave. Hasta habló $d_{\rm e}$ aparejar sobre la marcha. El señor de Gavaret le disuadió, asegurándole que la nar estaría clemente al siguiente día, que con ventaja partirían los equipajes reposados. El señor Kergean emitió idéntico parecer .

-¿No pudiéramos pasar este día en tierra? preguntó.

—Voto á bríos, exclamó Gavaret, acaso sea ésta la última vez que la pisemos; por mi parte tocaría el suelo con delicia.

—Sea, dijo de Cogoulin. A más, la costa de Salerno es encantadora y curiosa, pues los naranjos crecen entre las costas, junto á las ruínas romanas. En otro tiempo la recorrí; algunos nobles romanos tenían allí posesiones. Vamos á vestirnos de gala.

Mas, como la canoa pasara cerca de la costa: —;Qué diablos hace aquí la "Bucentauro"! exclamó el señor de Gavaret. ¿Qué hará por aquí el Dux?

Una chalupa bogaba hacia ellos, arrastrando por las aguas tapices multicolores. Los remeros llevaban librea y remaban en cadencia. Bajo el pabelloncillo, sentábase un personaje de buen aspecto. El señor de Cogoulin contemplaba su traje de rosa brillante: —"Hace cinco años, pensó entre sí, este traje habría sido el colmo de la elegancia. Raro es que hombre tan bien vestido esté un tanto pasado de moda. Mas, reconozco esa nariz: es Chanbanle.

El otro avanzaba siempre. "Señores, dijo, permitidme..." Cogoulin, ah! es Cogoulin... qué buena suerte... acercáos, señores."

Y saltó ligeramente sobre la canoa apoyándose con el bastón.

Cogoulin le presentó los dos capitanes.

—Habría jurado que Ud. estaba estaba en su baronía de Nivernais.

-El rey ha querido imponer á mi desgracia una residencia

forzada. Habito aquí, en las tierras del duque de Sorrento, con quien me hallo emparentado por matrimonio. Alojo entre las ruínas, en casa antigua, construída según planos especiales sobre los mismos escombros. Desde aquí se la divisa, entre los cipreses... en la punta de mi bastón. He visto desde mi ventana vuestro fastidio, que me ha molestado, y vuestro pabellón que me ha hecho deplorarlo más aún.

-Bagatelas, dijo Gavaret, el mal es insignificante.

—Bendigo pues este accidente anodino que va á permitir al señor de Chanbanle y á mí daros hospitalidad. Señores: os ofrezco mi alojamiento como gustéis.

—Levaremos ancla mañana al despuntar del día, respondió al señor de Chanbanle, Kergean, nada se opone pues, al placer de vuestro ofrecimiento.

—Pero balbuceó el señor Gavaret, mirando el traje de seda rosa, yo no tengo en mis maletas sino búfalo y paño burdo.

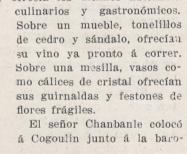
—Por favor, señores, replicó Chanbanle, no hablen d_e trajes. ¿No ven Uds. que estoy vestido á la moda del tiempo de mis abuelos?

6

La casa del señor de Chanbanle, era poco vulgar y revelaba gusto fantástico. Edificada sobre una colina, parecía templo romano, de esos que ya sólo en láminas aparecen enteros. Gavaret dijo que parecía una ruína enteramente nueva.

La gente penetró al comedor, entre dos lacayos que abrían las puertas. El señor Cogoulin tuvo en el acto la seguridad de buena comida en vajilla de plata y de buenos vinos en vasos venecianos.

La mesa que acababan de poner ofrecía los últimos adelantos



nesa. Por las ventanas, más allá de una terraza de mármol, se descubría el mar. Subía como gran muralla azul, moviente abajo, impasibl $_{\rm e}$ en las cimas. Los tres navíos parecían pintados en miniatura, y los tres islotes próximos.

En las murallas, los frescos parecían acometer una danza antigua sobre el fondo rojo de las paredes; las piernas desnudas de las bailarinas señalaban cadencias antiguas y perdidas, que uno mira sin comprenderlas. Al decir de Chanbanle, eran copias exactas de los frescos del palacio de Tiberio.

—; Qué lástima que tales danzas nos sean desconocidas y que hayamos d_{θ} ignorar siempre lo que significaron!

Chanbanle contestó que cada bailarina indicaba un tiempo de la música.

—En cuanto á la música, contestó la señora no es dable hablar de ella sin oírla. Escuchemos.

Un sonido de flauta y de sistro se elevó de los jardines á una señal suya.

Gavaret hizo un gesto.

El barón confesó que frescos, bailes y musica eran obra de la baronesa que enloquecía por cosas viejas y por su resurrección.

—En cuanto á mí, señores, m_{θ} valgo como perezoso, dijo, pero confieso que esta arquitectura me hace olvidar la de Versalles, dijo mostrando las aguas del océano.

El señor de Kergean escuchaba la flauta mirando los frisos. Cuando el trozo hubo terminado, felicitó al señor de Chanbanle y admiró á la señora cuyos ojos le parecieron los de una diosa, ojos amplios, límpidos, como formados en la contemplación del mar.

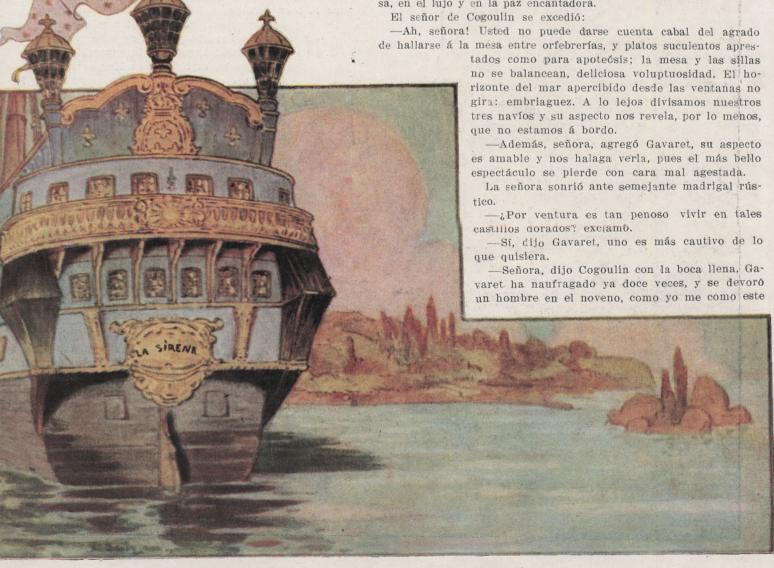
Los lacayos habían llevado la sopa y disponían del servicio que consistía en seis entradas de pollo y en dos "hors-doeuvres".

Bajo las plumas de los sombreroe los rostros tomaron el aspecto que procura una felicidad inesperada.

—¡Qué felicidad es hallarse en el camino con semejantes vituallas! dijo Gavaret.

—Pues, señores, para gen'e que va donde Uds. se dirigen, veo que llevan buen humor, dijo Chanbanle.

—¡Qué cosa más natural! expresó Kergean, que hombres como nosotros, que jamás buscamos las batallas por placer, y que de ellas vivimos, sin acertar á darnos cuenta de si mañana estaremos vivos, aprovechemos ahora el rayo de luz y de placer que pasa, en el lujo y en la paz encantadora.



pollo. El señor Gavaret, sin contradecir, refunfuñó, pidiendo licencia para no usar el tenedor, pues tal instrumento no estaba en uso en Francia, á no ser en la corte...

-Y usted puede creer que nada tengo de cortesano, yo que he comido marinero sin tenedor.

-En fin, señor, interrogó la baronesa ¿no

-; Y usted, señor de Kergean?

-Yo, señora, estoy ligado por razones infantiles que me hacen esta campaña aún más odiosa que las anteriores. Pero usted se reiría de mí si le dijese... permítame que me calle.

-; Diantres! tenemos secretos, dijo el señor de Chanbanle.

-Hable señor, insistió la dama.

Habiendo contemplado en los ojos vastos y líquidos el reflejo del océano, el señor de Kergean prosiguio en estos términes:

-Soy de un país en el cual se cree menos en la historia que en la leyenda, los corriganes saltan á media noche por las praderas, en tanto que las hadas se deslizan. Ciertamente, señora, quiero el castillo de Kergean, su roca, sus torreones, sus vasallos piadosos y testarudos, y más aún á la madre Yvoel que es la contadora más famosa. Pero sobre todo me agradan los tsazgos y las damas impalpables. Algunos maestros me han hablado de Roma, del valor de César y de la sabiduría de Pericles, pero más recuerdo á Mercurio y Pallas. Y sé todavía algo de Tito Livio y Plutarco, Homero y Virgilio.

Hé aquí, señora, por qué enamorado de fábula más que de verdad, me agrada encontrarme en Cerigo que fué Citera, en llegar á Candia que fué Creta, al andar como Ulises, de héroe de una epopeya fantástica, de la isla de Venus á la isla de Minos. Aquí voy á ver en las fuentes si han quedado restos de cabellos rubios, y allí buscaré el antiguo laberinto. Desempeñaré el papel de esas vidas de Sirena que no han sido vividas.

-¿No vividas, exclamó la señora de Chanbanle, cómo lo saben? ¿No han visto acaso ustedes cosas sorprendentes en sus

-Ay! suspiró Cogoulin, no se asemejan á las Eneidas como

-¿Cómo puede ser, señor, que en pos de tantas campañas en el océano no hayan ustedes visto las Sirenas? ¿No han vis-

-Sí señora, en sueños; nada en mis pesadillas un grande Tri-

-No blasfeme de los dioses, pues bastante les han perseguido ya con el odio de Neptuno.

-No las he visto jamás, contestó muy seriamente Gavaret, pero el mar está de tal manera lleno de misterios, se pesca

tantas veces pescados de los más raros y monstruosos. Me imagino que deben arrastrarse por el suelo, ó sin jamás llegarse á la superficie.

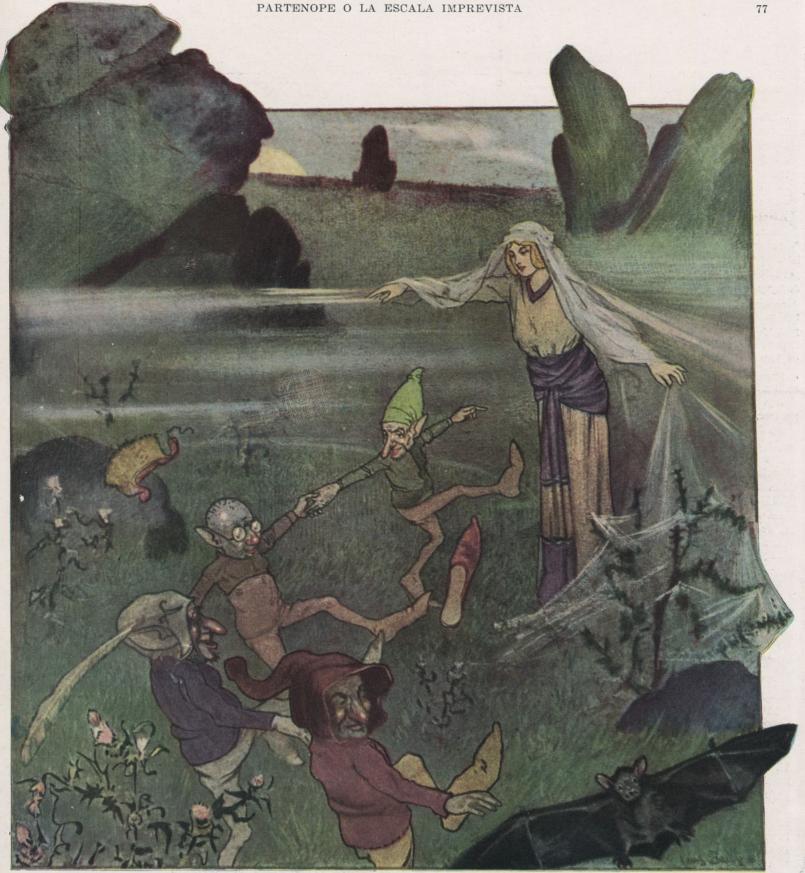
Exacto, replicó M. de Kergean. Porque podemos decir, señora, en cuanto á los pájaros y á los filósofos se refiere, que la tierra no es más que el fondo del cielo, y los hombres se arrastran pesadamente por él, con el océano de nubes por encima, que les oculta el océano de azur. Cuanto á las Sirenas, me complazco en ver sus cabelleras flotantes en las aves, y como las olas tienen sus ondulaciones, me guardo bien de buscar otras. Mire esas tres islas, ustedes las llaman "Galli" que nosotros traducimos "gallos". Pero la antigüedad las conoció con el nombre de Sirenas. Y conozco el motivo.

El interés se pintó en todos los rostros. Volviéron-

Entre los obeliscos negros de los cipreses, la noche caía sobre el mar apaciguado, por el cual las blancas ovejas aún se perseguían. Perdidos en la bruma, los tres escollos se distinguían apenas: veíase sobre todo las manchas de espuma que las ondas provocaran al

> romperse. Ahora, entre los platos del segundo servicio los candelabros que quemaban su cera, y el cuadro marítimo que todos miraban parecía aún más azul, en ese marco rojizo. Los mismos





lacayos buscaban con la vista las islas ya lejanas. El sei or de Kergean continuó: "He emprendido la tarea bien estéril, por cierto, de seguir los itinerarios de los héroes sobre el mapa, á lo menos he podido cerciorarme de que si las aventuras son fabulosas, en cambio su decoración es verdadera. Hé aquí, señores, el punto en el cual el astuto Ulises sintió cantar las Sirenas que perseguían á sus compañeros."

-Es bastante curioso, dijo Cogoulin, que mi navío haya venido precisamente aquí para romper su figura de proa, la cual tiene todo el aspecto de una cantora homérica.

-La sóla talvez que nuestro cielo haya visto, dijo M. de Chanbanle, encogiéndose de hombros. No hay más Sirenas que las de la proa de los navíos, además de las que aparecen en las poblaciones. Pero la heráldica emplea con más frecuencia las mujeres delfines.

Y mostró sobre un plato un cetáceo enorme:

-Aquí tiene usted un "marsopla", verdadero cetáceo, le dijo, si la cabeza no está á su lado, no acuse mi ignorancia de los usos de la corte, pero con tiempo tan revuelto no hay que ser muy solícito, y el pescado que usted tiene aquí fué arrojado sin cabeza á la playa, hace un rato. La frescura de la carne y su rareza nos han decidido á ofrecéroslo así.

- -No es un "marsopla", dijo el señor de Gavaret.
- ¿Qué será entonces?
- -Un cetáceo de su especie.

-Ah, Gavaret, el "marsopla" es usted mismo, dijo el señor de Cogoulin; mozo, tráigame borgoña.

La señora de Chanbanle reveló impaciencia, no abandonaba con la vista el mar á cada momento más obscuro.

- -Estamos lejos de las Sirenas, murmuró el señor de Ker-
- -; Ah! señora, este sujeto le interesa mucho á usted! No sabía que hubiera de hallar sueños parecidos á los míos.
- -No tan semejantes, pues si usted cree en ellas como en símbolos, en cambio yo las creo con carne y escamas, y cabelleras.
- —Que Dios no lo quiera señora, pues las sirenas degollaban á los pobres marineros y si ahora existiesen sería menester degollarlas sin piedad alguna.

Son las tres hermanas, pues según la odisea no son más que Ligea, Leucosia y Parténope...

-Eso es, replicó M. de Kergean, pero la leyenda se encargó de hacerlas desaparecer. Refiérese que habiendo escuchado el canto de Orfeo, el despecho las transformó en rocas, en esas "galli" que hace un instante contemplábamos.

-No eran sino tres, agregó el señor de Chanbanle, pero también existen las fluviales en las riberas del Rhin.

—Un poco de champagne, pidió Cogoulin.

-¿Qué tiene usted Gavaret? le preguntaron.

En efecto, el marino había perdido sus buenos colores.

-No es nada, ya pasó, déme un poco de rosclis.

-Es muy refinado para ser caníbal.

Estaban en el tercer servicio, el de las venasones.

Entonces, en tanto que hablaban del rey y del levantarse y de las entradas de Corte, los dos románticos continuaron la charla á propósito de Sirenas. El señor de Gavaret quiso mezclarse, pero lo hizo sin pudor y pesadamente: el vino había despertado en su alma las malas tendencias dormidas.

-Cálmese, Gavaret, le dijo Kergean, y junto con decir estas palabras, alargó á su compañero por debajo de la mesa un puntapié. "Las Sirenas, querido amigo, son inmortales, se aman fraternalmente y la posteridad no se preocupa de ellas cuando se enlazan con triple caricia."

Tráigame Chipre, dijo el barón. Bebamos á la salud de Atenais de Montespan. Bebieron.

Las frutas habían reemplazado á las carnes, llegaban á los postres. La señora de Chanbanle temía las conversaciones demasiado libres, por lo cual, en cuanto pudo se evadió tranquilamente de la sala. Todos pasaron al salón.

Ese salón en nada se parecía á los de la antigüedad. Su mobiliario era reciente, y sobre las ventanas se había colgado cortinas amarillas de grandioso aspecto. El señor de Kergean las apartó, apenas se vislumbraba el paisaje azul, con las popas de plata de las naves, como castillos. Chanbanle le murmuró al ofdo, con voz temblorosa: "cierre usted esa cortina, señor, para que nos figuremes hallarnos en Versalles."

-Más Chipre, dijo Cogowlin, el destierro causa demasiada

Volvieron á la charla familiar, á referir las menudas incidencias de la vida de corte, las intrigas palaciegas, los escándalos; algunos párpados vacilantes les escuchaban. Con todo, el señor de Gavaret se puso tranquilamente á roncar.

Los cuatro hom-

bres repasaron

el siniestro cua-

dro. Por acá y por allá se hallaban los náufragos de un buque, vestidos con los trajes más

raros, las carnes

reverdecidas é

Rato hacía que charlaban de semejante manera, cuando Ker-

hinchadas, siniestras, señaladas las unas por gestos de la pasión última, las otras por la expresión que tuvieron á la hora su-El señor de Cogoulin reconoció dos de sus marineros, "Faltan

dos aún", dijo.

-Vengan señores, dijo Kergean.

Precedía á los demás, inclinado ahora sobre una mesa confusa de color de arena, ante la cual hacía grandes aspavientos. Le alcanzaron.

La cosa era una muerta desnuda, ó más bien la parte superior de una mujer horriblemente mutilada. Un accidente, el choque de dos naufragios la había mutilado horriblemente, cortándola por el vientre.

Reinó el silencio, el señor de Kergean se persignó.

Lo que ante ellos se presentaba tenía para qué preocuparles. Esa criatura era extraña. Su rostro exiguo salía de una cabe llera mezclada con algas marinas, y esa cabellera tenía algo de crines. Unos ojillos la iluminaban aún con fulgores amarillentos. Bajo las narices hechas para husmear el aire, nacían fuertes mandíbulas armadas de dientes de carnívoro, cuyos caninos salían hacia abajo. Las mejillas eran planas y la barba huía. Ningún pliegue atestiguaba que semejante mujer hubiera pensado jamás, ni que sus labios hubieran reído. Esa figura lisa podía pasar por indiferencia bestial.

Era, sin embargo, un ser humano. El torso nervioso señalaba las caderas con elegancia, y sus brazos evocaban la idea de una vírgen espartana, hábil en los juegos corpóreos. Ciertamente sus piernas, ausentes ahora, debían haber corrido. En cuanto á los brazos evocaban la idea de un atleta.

Lo más curioso respecto de las manos es que estuvieran palmeadas hasta las uñas, las cuales crecían como garras.

Cogoulin habló el primero:

-Es una salvaje.

-Más bien, exclamó Chanbanle, algún fenómeno que se pudiera exhibir en los tablados. Es una enferma de nacimiento.

-Nó, dijo Kergean. Esos cabellos ignoraban lo que sea peineta. Y esas patas de cisne no han podido rizar su cabellera. Juraría que nunca jamás una camisa se ha posado sobre tan bellas espaldas.

Debía ser colosalmente grande, la estropeada, dijo Gavaret, debía tener unas piernas inmensas.

-Sí, las tuvo, murmuró Kergean, á fe mía que su tajada, bien

gean vió que los grandes cortinajes se iluminaban sale la de su "marsopla" de la comida de ayer; el con resplandores fríos, y las ventanas prolos soldáramos andarían bien. Todos se miyectaban su sombra pálida. raron entre sí de una manera singular. -Cuidado señores que la aurora llega -Bah, bah, dijo Chanbanle. El señor de Chanbanle hizo sonar -Al demonio, murmuró Cogoulin. la campanilla, los criados llega--Hum! tosió Chanbanle. -Sea como fuere, concluyó Garon. Estaban dormidos en el vestíbulo. Preparóse la chalupa. varet, el tal pescado olía á El señor de Chanbanle sacarne humana. lió acompañado de sus hués-Luego los navíos desaparepedes, envueltos en larcieron lentamente del hogas capas. Pronto estuvierizonte, y desfilaron hacia ron en la playa. Durante la noche el mar kabía la derrota. A bordo los arrojado sus víctimas. comandantes dormian! De esa jornada debían guardar un recuerdo te-Los cuerpos escalonaban la ribera. Otros, medio naz. Acaso sus nietos oisumergidos, parecían corían decir algo de lo que mo que volvían á cada había pasado aquella pámovimiento de las olas. lida mañana, antes de Y el mar jugaba con partir al combate. Kerellos como una gata cruel gean y Gavaret hubieran podido referirlo, más no así de Cogoulin, que había perdido la cabeza, llevada por una bala de cañón, junto con sus recuerdos. M. RENARD.



Charles X

Louis Philippe

Lamartine General Cavaignac Napoleón I El Rey de Roma El actor Talma

Luis VIII

"YO VI AL EMPERADOR"

Existe todavía en el mundo, un hombre que conoció á mentamos, al contemplar los testigos inmóviles de lo que Napoleón I, que le habló, conservando del Emperador re- constituyó la grandeza de la historia, una emoción enter-

cuerdo admirable y preciso. Tan prodigioso centenario, notable y único sobreviviente de época desaparecida, nacido el año del Tratado del Tilsit, vió pasar por Francia dos Emperadores, tres Repúblicas y tres Reyes. Conoció todos los grandes personajes de estas tres épocas.

El 27 de Agosto de 1807, como se paseara por el parque de Saint Cloud, con los oídos vibrantes de los clamores de entusiasmo, con los cuales París había saludado su día, el Emperador se detuvo delante de una mujer que llevaba en brazos un chico. Y la mujer, ya anciana, le dijo: "Sire, os presento un nuevo ciudadano"...

—"Bien podrías decir un francés", interrumpió el Emperador.

Entonces la buena vieja, inclinándose, en tono más bajo, pero con mali-

cia, agregó:

—"Que vuestra majestad me excuse, pero recordaba que el Primer Cónsul y el Emperador no eran sino una misma persona". Nadie en la his-

toria ha repetido semejante anécdota. Me fué rererida por Pedro Schamel-Roy, á quien á menudo su abuela se la contaba; porque Pedro Schamel Roy, bien vivo, fuerte y sólido, era el niño al cual el Emperador en una mañara de sol, sonrió al ver bajo los árboles de Saint-Cloud.

En consecuencia existe un hombre que ha sido visto por el Emperador, y tal cosa bastaría para evocar los sueños más extraños. Decirse al mirar un anciano: "Esos ojos han sido contemplados por el Emperador Napoleón I y su mano se ha colocado sobre esa frente; su voz ha resonado en sus oídos". ¿No es acaso evocación precisa? Acaso no experi-

AND TOUR !

En los primeros años de su niñez, Schamel, conducido por su abuela, encontraba á menudo al Poperador que se paseaba generalmente solo.

necida? De donde quiera que venga, quien quiera que sea, fueren las que tueren sus ideas, sus esperanzas y sus odios, ningún hombre dejaría de

hablar quedo delante del lecho de campaña, en donde reposó Napoleón, y ante el sombrerito bajo cuya sombra permaneció aplastada Europa por es-

Mas es un sueño casi fabuloso el decirse en presencia de aquel anciano:

pacio de quince años.

— "Esos ojos han visto al Emperador. Esa mano ha tocado su mano. Esos oídos han escuchado su voz".

Schamel-Roy ha visto al Emperador. Sin duda sus recuerdos son de época tierna, ya que Napoleón le apareció por última vez en 1814, cuando sólo tenía siete años. Mas si se imagina de qué gloria se hallaba el Emperador cubierto, con qué miradas le contemplaba la multitud, la impresión que semejante nombre prestigioso podia producir sobre un cerebro de niño, uno se dará cuenta de que no por ser lejanos, los recuerdos de Schamel-Roy no sean precisos. Hasta ofrecen de

particular que á ellos se mezclan pocos recuerdos extraños á su propia memoria: toda la vida del centenario se concentra en lo que ha visto y oído en la visión del siglo.

Quizá la historia ganaría al oirle repetir lo que otros oyeron al mismo tiempo que él. Pero es necesario buscar una componenda—ya que una especie de egoísmo intelectual, de orgullo de la duración, hagan que se preocupe exclusivamente del yo, sin asociar á los acontecimientos á nadie que no sea ilustre. En todo caso, nos hallamos en presencia del hecho probablemente único de un hombre que puede, durante la tercera República, afirmaros con la



Thiers Jules Grévy Sadi Carnot Casimir Perier Louis Napoleón Napoleón III Emp. Eugenia Mariscal Mac-Mahon

autoridad que le confiere la palabra: "yo estuve ahí". Es una persona que puede deciros: "El Emperador no tenía ojos negros".

Al término de Ivry, en donde reluce una placa que dice: "Coutans, alcalde de Ivry, recibe de 9 á 11"; al concluir un corredorcito muy claro y muy limpio, se lee sobre placa esmaltada: "Pedro Schamel, centenario".

Allí habita el hombre que ha visto al Emperador. El cuar-

to en que le ha colocado el destino, no se parece á los palacios que sus ojos de niño contemplaron. Tiene más bien el aspecto de uno de aquellos desvanes en los cuales la gente pobre guarda la fruta para el invierno.

Me imagino, á lo menos, que sería tal si se sacaran de allí los objetos raros que el centenario allí ha reunido en torno suyo; no es más grande que un soberado, y sus muros desaparecían bajo la profusión de grabados antiguos.

Entre Félix Faure y el general Boulanger - así la historia como el tiempo pasan aún para nosotros que no somos centenarios -vemos un retrato de Napoleón I de tamaño natural, un Napoleón de faz estrecha como la que tenía en Arcola, con el sombrerito clásico, pero envuelto en pieles: es el Napoleón de Moscou, que ha dejado la levita gris; Napoleón vestido á la manera del Czar, para darse tono de dueño de casa. Muy cerca vemos una Virgen de yeso bajo fanal, y en un rincón está doblado un

catre de plegadera. Al otro lado vemos una máquina de coser, es reliquia—una de las primeras que se viera en Francia,—cartas y autógrafos se amontonaban en un siglo; las más recientes y no menos preciesas para él, estaban firmadas por la señora de Almeida Souza, su bienhechora—en un rincón, sentado sobre un sillón con orejeras, estaba Pedro Schamel-Roy.

Friolento apenas, la cabeza encasquetada en gorro de falso astrakán que recuerda un tanto los gorros vascos, á no ser por la notoridad ó más bien por la gloria que le acompaña en Ivry, tendríamos trabajo en creer que nos hallamos en presencia de un centenario. Más que ojos de anciano, los suyos, parecen ojos de niño, á juzgar por la limpidez del azul que tan levemente los vela.

Penetramos; con un gesto se excusa del desorden de la pieza: "Esto no es muy grande, como ustedes ven, y carece de comodidades, pero me siento tan bien en medio de mis cosas que no pienso en agrandarme".

O sabiduría; la voz por momentos es aguda, pero luego

recae en el registro grave. Habla sin buscar las palabras, deteniéndose á veces para buscar una fecha, reflexionando para encontrar un nombre. Menos se ocupa de historia que de referir lo suyo, y en esto es poderosamente evocador.

—"Papá y mamá—dice--se casaron por amor".

Produce efecto bien divertido esto de oir hablar de papá y mamá á un viejo como aquel. "Papá y mamá", repite estas pa-labras á menudo, por largo espacio, siguiendo su narración. Uno no le siente verdaderamente viejo, de vejez legendaria, sino cuando deja de auxiliarse con la memoria; habla también de su abuela, con lo cual nos sentimos transportados á las edades fabulosas. Pensad en que estuvo al servicio de una dama de honor de Luis XV y que le habló de Luis XVI. Considerad que nos maravillábamos de oir á Chevreuil que había conocido á un hombre que había

sido presentado al rey sol.

"Papá y mamá se habían casado por amor; mamá tenía dieciséis años y medio, papá no tenía más de diecinueve. Hubieran querido vivir el uno junto al otro, pero los hombres en aquellos tiempos no se daban punto de reposo y papá partió para el ejército. En cuanto á mamá fué colocada en casa del gran Talma, por su madre de élla que había conocido á Talma durante la revolución. Así fué cómo yo nací cerca del Emperador, pues Talma habitaba en Saint-Cloud. Parece que cuando niño yo estaba enfermo de la columna vertebral, y durante meses me dejaron en cama. El señor Talma, que me quería, guardaba en su cuarto, cerca de su cama, mi cu-



El padre Schamel durante la campaña de Prusia, en 1806, pasa al Emperador su gorro de piel

nita. Cuando estuve mejor, me paseó por el parque de Saint-Cloud. Tengo recuerdos á partir de aquel instante. Tenía un poco más de cuatro años y mamá pasaba los días junto á mí, cerca de los árboles; y allí fué donde concientemente, por primera vez ví al Emperador. No sé de dónde volvía ni en qué estación era, pero recuerdo que llevaba como escolta todo un regimiento, cubiertos los soldados de polvo gris, y que

el Emperador pasó muy ligero. Mamá me dijo: "Vistes á tu papá?" Es preciso advertir que papá se hallaba al servicio del Emperador, que andaba siempre á caballo detrás de él y que jamás le abandonaba. Pero estaba tan chico cuando ví á papá la última vez, que no le reconocí: única-

mente reconocí al Emperador".

Parece que Schamel padre era ordenanza del Emperador, y como tal había viajado en su séquito. Lo cierto es que hizo todas las campañas con el Emperador y que el Emperador le hablaba á menudo. Hoy en día, ante la historia, ese es título verdadero, y la siguiente anécdota saca valor real de documento.

Cierto día, durante la campaña de Iéna, como el Emperador sintiera frío, llamó á Schamel y le dijo:

"Pásame tu morrión".

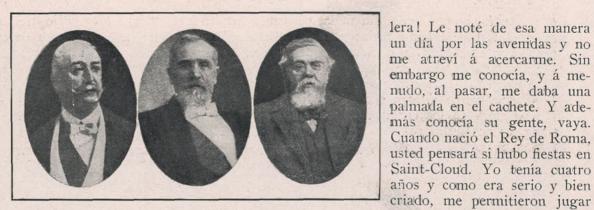
Cubierto con esta montaña de pieles, alargó al hombre su tricornio diciéndole: "Me lo devolverás en un momento".

Pero como el frío era fuerte, el pobre Schamel no pudo resistirlo y se cubrió con el glorioso sombrero, la cabeza, que bien necesitaba abrigarse.

El recuerdo de esta narración es uno de los que más complacen al centenario; su padre se lo había dicho más de una vez,

y él lo ha repetido en igual forma:—"He visto al Emperador"

"Lo he visto y me parece que lo veo siempre; le he visto muchas veces, por todas partes, en las revistas del Carrusel, en el teatro, en el cual aparecía en medio de tanto oro que solamente á él se le veía. En Saint-Cloud lo he mirado muchas veces, antes. Tenía una de esas figuras que no se olvidan. No podría deciros si era grande ó pequeño, y si lo dijera sería porque lo había oído, pues en realidad, á edad semejante, uno no se da cuenta del porte. Pero lo que me ha quedado bien presente son sus ojos. Ah! qué hermosos ojos. No miraban muy á menudo, pero cuando miraban... Sí; ojos parecidos no he visto jamás. No eran negros, ni castaños, ni azules: eran malva, de un malva sombrío y profundo; pero, ¡cómo cambiaban cuando montaba en có-



Félix Faure

Presidente Loubet

M. Fallières

más crecido iba á buscarme para que lo entretuviera. Me daban también sus juguetes viejos y he conservado una muñeca que él á menudo llevaba en los brazos. Es lo único que me queda de la familia imperial, pero le tengo cariño y no me desprendería de ella por ningún precio. Después llegaron los malos días. Veía á mamá muy triste. Ya no se reían en Saint-Cloud, luego llo-

muy triste. Ya no se reían en Saint-Cloud, luego lloraron. Acababa de saberse la desgracia de Waterloo. Mamá, el señor Talma y yo partimos para París. Qué triste estaba todo, nos habíamos vestido de luto".

con el niñito. Cuando estuvo

Habla de la señora Le-Paulina, de la señora Leticia, que encuentra en casa de Talma en varias ocasiones. ¿En qué época? ¿Con cuáles auspicios? No lo dice, ni podemos suponerlo. Se expresa mal, vacila, su memoria no le ayuda, todo des-

aparece, invadido por los

recuerdos del Emperador. "Pronto hubimos de abandonar á París para ir á los Ardennes, donde la mamá tenía parientes. El señor Talma era sospe-choso, hasta de mí decían que era bastardo del Emperador, y sin ponernos en salvo, creimos prudente hacernos olvidar. El señor Talma, sin embargo, no nos perdía de vista, y cuando las pasiones se hubieron calmado, nos llamó junto á él. Todo había cambiado entera-



Lamartine ofrece un estanco de tabaco à Schamel, herido en un pie durante el movimiento de 1848

mente; nos llevó á una casita de la calle Nueva de San Agustín".

Hay error evidente en estos datos, pues Talma habitaba en aquellos días en la calle de Richelieu. Quien habitaba entonces en la calle de San Agustín era Lamartine, y no podemos reprochar á un hombre de cien años que invierta los nombres.

"Veía en esa casa mucha gente, figuras nuevas, pero solamente cuando se hallaban los íntimos, la señorita Mars y la Duchesnoy, se charlaba libremente. Eran aquellos los buenos tiempos. La señorita Mars era linda persona y todo Paris andaba enamorado de ella. Decíase que nunca había existido artista más notable. No era ésa mi opinión. Tenía yo entonces quince años, edad más que suficiente para juzgar, y me gustaba más la señorita Duchesnoy, actriz en el teatro francés, menos linda, sin duda, pero más inspirada como artista. Qué talento tenía; pero nadie habla de ella ahora. Vivía en ese medio de artistas que amaba; habíame hecho aprender el oficio de sastre, y mi aprendizaje terminado iba entre bastidores. Era de buen aspecto y alerta; el señor Talma me tomó para que lo vistiera. Habían pasado ya los tiempos en los cuales me hacían figurar entre los

los ángeles en ciertas representaciones. Ahora tenía mi puesto en el teatro y sabía desempeñarlo correctamente".

"Pero muchos acontecimientos se sucedieron y fueron á turbar la existencia de los artistas, entre otros la revolución de 1830, durante la cual me hallaba en Rusia, y la de 1848, en la cual tomé parte. Entonces se verificó un suceso interesante. Lo recuerdo muy bien, pues me costó una herida en la pierna. Como veía siempre al señor de Lamartine en casa de Tal-ma, me dijo una vez: "Mañana, toma tu fusil y anda á esperarme cerca del Palacio Real"; quería tener cerca de si un puñado de amigos resueltos y firmes: "De todas maneras nos encontrare-mos". Desgraciadamente, nos encontramos de manera diversa de la que él pensaba. Tenía el pie ensangrentado y me habían conducido á una botica".

—"Diablos, me dijo el señor de Lemartine, te han tratado mal, pobre muchacho. Pero te has

muchacho. Pero te has schamel-Roy en su estudio de Ivry portado b i e n y a l g o he de hacer por tí. Voy á presentarte para la legión de honor". En otro tiempo habría aceptado con gusto. Pero había visto muchas cosas desde 1815 y había aprendido que las distinciones pasan, y como era joven, á riesgo de parecer interesado, le dije:—"A fe mía, señor de Lamartine, ya que veo tan buenas disposiciones de usted, permítame hablarle con franqueza. Usted ha sido amigo del señor Talma, sabe cómo cambia la vida, pues á mí me agradaría algo más positivo que una cruz de honor, pues puedo caer en pobreza".

Pues bien, dijo riéndose, ya que así piensas, te daré un puesto de venta de tabacos.

Me cumplió lo prometido.

Ocupé mi puesto durante diez años sin abandonarlo, pero seguí en mi oficio, pasando de la Opera á la Opera Cómica.

"Ví muchas veces al Príncipe Presidente desde el nú-

mero 41 del Bulevard Poisoniere, en donde yo habitaba, cuando iba al pequeño restaurant Baurel, situado cerca de casa. Era un buen hombre y si yo no hubiera conocido al otro, al grande, este habría podido impresionarme. El azar me acercó á él una vez. Yo era muy amigo del caballerizo mayor de las Tullerías, y hasta solíamos ir al bosque juntos en los caballos de palacio. Cierto día le recordé al Emperador el restaurant del boulevard Poisoniere."

"También recuerdo, me contestó riéndose."

Era un buen hombre y la emperatriz una excelente persona. La ví de cerca durante la época del cólera en Amiens, á donde había ido la compañía. Iba á las casas pobres en las cuales se trabajaba el terciopelo, vestida de negro, con delantal blanco. Más tarde volví á ver al emperador en las Tullerías y él fué quien me puso al frente del taller de la Opéra."

"Pero todo eso, señor, es bien poca cosa para uno que ha visto á Na-

uno que ha visto á Napoleón"... Poca cosa, en efecto, para un hombre centenario que ha visto desfilar delante de sí todo un siglo, con sus glorias y sus caídas—; y qué siglo de historia!—Nada le ha quedado sino esos dos ojos profundos, esos ojos malva-cambiantes, que un día vieran debajo los árboles de Saint-Cloud.

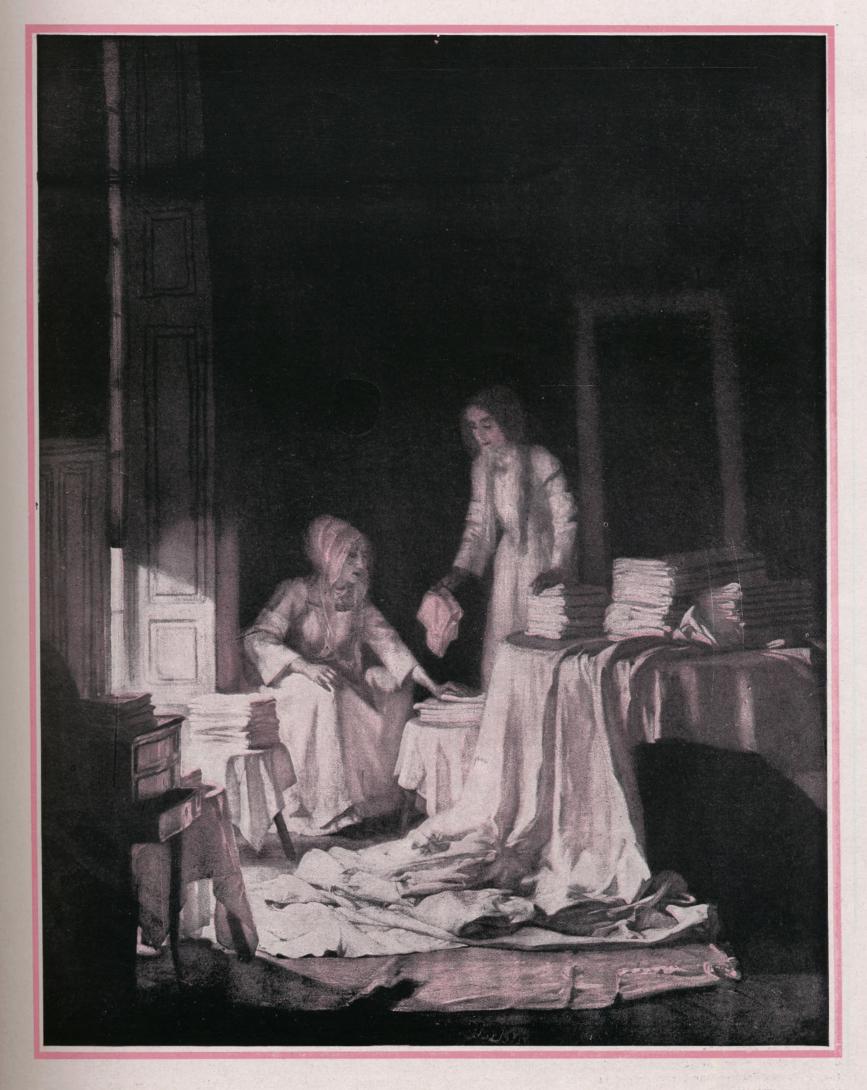


(Arregio de F. R.)



La muñeca del Rey de Roma.

— Schamel-Roy conserva esta
muñeca que el hijo de Napoleón tuvo muchas veces en sus
brazos.



DOBLANDO LA ROPA

JOSEPH BAIL

(12)



Recordando á Daudet

Alfonso Daudet! ¿En qué oído no ha sonado alguna vez este nombre? Hace va catorce años que duerme el sueño eterno el célebre autor francés: pero, como acontece con todos los

grandes escritores que han muerto, no se ha cernido ni se cernirá sobre su tumba el ave funesta del olvido. Fué tan amable, tan tierno su corazón, y tan digna la elevación de su alma! Hay ciertos escritores por quienes tenemos especial predilección: los amamos con toda el alma, como á verdaderos padres, y como á tales, veneramos al través de los años con el alma henchida de admiración y cariño. Uno de mis autores favoritos es Alfonso Daudet. Y hé aquí cómo hoy recordamos al célebre autor de Tartarín de Tarascón, escribiendo estas líneas en su memoria.

Nació el autor de Petit chose en Nîmes, el 13 de Mayo de 1840, esa edad venturosa para las letras francesas, en que vinieron al mundo Sully-Prudhomme, Heredia, Coppée, Mendes y tantos otros inmortales. Daudet perteneció á una familia comerciante en sederías, oriunda de Avignon, en el Langredoc, esa tierra encantadora y pura que tantos recuerdos tuvo para el gran escritor. Ahí sintió su corazón las primeras impresiones de vida, allí la naturaleza le deleitó con sus soberbios paisajes, tan soberbios y llenos de animación como los que el mágico narrador nos describe en sus inmortales libros. Daudetdice un escritor-fué en su juventud débil, delgado, pálido y con grandes ojos tristes; de temperamento soñador, romántico, apasionadísimo por la lectura, amando más vivir con los héroes de las historias con que alimentaba su imaginación, que con las realidades de la vida."

Como aconteció con Heredia, la madre de Daudet, mujer de vasta ilustración y muy aficionada á la lectura, infundió en su hijo un inmenso gusto por los libros. Los primeros años de la juventud del autor de "Roi en exil", se deslizaron bajo una atmósfera de bienestar y felicidad. A la edad de 10 años fué enviado por su padre á un colegio de Lion. ¡Con cuánto cariño el escritor recordaba más tarde esas primeras impresiones de su vida estudiantil, en que, entre sus elegantes compañeros, él llevaba, como los más pobres, una humilde blusita hecha en la fábrica de sus padres. Fué aquí, cuando el pequeño gone, se distinguió entre sus condiscípulos, por sus magníficas dotes de escritor; y, cuando el profesor, fijó por tema una apología de Homero, el joven Daudet compuso una oda que llegó á ser un acontecimiento, y que, á pesar de la precocidad de su autor, nos advierte el épico lirismo de Hugo. Recordamos los siguientes versos de esta oda:

"et dans quatre mille ans, au milieu des tombeaux et des peuples croulants, comme un sphinae endormi, colosse fait de pierre tu pourras soulever lentement la paupière, regarder le chos et dire avec orgueil: ¡Au vieil Homère il faut un monde pour cercueil!

Con tal esplendidez nacía al mundo de las letras el futuro autor de "Lettreo de mon moulin". Llegó la época de partir á París, la más gloriosa del novelista. En 1858, publicó su primer tomo de versos "Amoureuses", que fué bien recibido por la crítica y Eduardo Thierry lo saludó como el heredero de Musset.

-Ah!-dice Daudet á propósito de este libro-"mi timidez ha huído: iba valientemente á instalarme bajo las galerías del Odeón, á ver cómo marchaba la venta de mi libro", y agrega: "el título de esta obra sintetiza lo que hay en ella: son versos de los veinte años, declaraciones tímidas, confesiones ardientes, galantes impresiones, recuerdos, esperanzas de un corazón amante y apasionado".

De esas poesías, exquisitas y delicadas, como las de Coppée.

nos es grato trascribir las siguientes estrofas de una pieza titulada "Trois jours de vendange":

Je l'ai rencontrée un jour de vendange, la jupe troussée et le pied mignon; point de guimpe jaune et point de chignon; l'air d'une baccante et les yeux d'un ange. Suspendue au bras d'un doux compagnon, je l'ai rencontrée aux champs d'Avignon un jour de vendange.

Je l'ai rencontrée un jour de vendange, la plaine était morne et le ciel brillant; elle marchait surle et d'un pas tremblant, son regard brillait d'une flamme étrange Je frissonne encore en me rappelant comme je te vis, cher fantôme blanc un jour de vendange; et j'en rêve encor presque tous les jours.

Le cescuell était couvert de velours

Le cescueil était couvert de velours, le drap noir avait une double frange. Les soeurs d'Avignon pleuraient tout autour; la vigne avait trop de raisins; l'Amour a fait la vendange.

y de ésta, titulada "Les prunes", tantas veces recitada por las damas románticas del gran mundo parisiense:

Si vous voulez savoir comment nous nous aimâmes pour des prunes, je vous le dirai doucement si vous voulez savoir comment. L'amour vient toujours en dormant, chez les bruns, comme chez les brunes et quellques mots voici comment nous nous aimâmes pour des prunes, Mon oncle avait un grand verger, et moi j'avais une cousine; nous nous aimions sans y songer mon oncle avait un grand verger. Les oiseaux venaient y manger le printemps faisait leur cuisine; mon oncle avait un grand verger et moi j'avais une cousine...

Pero Daudet se percató de que las letras-sobre todo la poesía-son "medios de vivir que no dan de vivir", y por ser más optimista se dedicó con ardor á escribir en prosa "Le Figaro", entoces dirigido por Villemessant, le abrió sus columnas. De entonces son las famosas "Lettres de mon moulin", "Contes du Lundi", "Robert Helmont", "Fémmes d'artistes", "Lettres a un absent" etc. Más tarde el escritor tuvo la suerte de ser favorecido por M. de Morny, el personaje más influyente del segundo imperio, y le consiguió un empleo en el Cuerpo Legislativo. El novelista tuvo entonces más campo para desarrollar sus admirables dotes artísticas y desde esa época se dedicó con ardor á escribir obras en prosa y piezas dramáticas. De entonces datan "Dernière idole", "L'oeillet blanc", "Les absents", "Le frère aîné", y hacia 1873 escribe las no menos famosas: "Sacrifice", "La Arlesienne", "Lise Tavernier", que le valieron ruidosos éxitos. Entonces apareció su novela "Fromont jeune et Rioler aîné", uno de sus libros que le valió más gloria, y á este siguieron: "Trente ans de Paris", "Jack", "Le nabab", "Le roi en exil", "L'Evangéliste", "Sapho", "Tartarín de Tarascón", "L'Inmortelït", que hicieron que su nombre figurase con brillo al lado de los de Balzac y Flaubert.

Noble labor! En él es admirable la facultad creadora, la fantasía exuberante, como la naturaleza d'Avignon; la descripción es amenísima, rica en animación y colorido, y ;qué encanto, qué viveza, qué de misteriosamente melancólico encierran sus historias y sus cuentos!

Daudet se casó el año 1867, con Mme. Julia Allard, mujer espiritual y descendiente de artistas y poetas. ¡Con cuánto amor el novelista nos habla de su esposa y dice: "¡Pobres mujeres de artistas! Verdad que la mía también es artista, y como tal ha tomado parte en todo lo que he escrito. Ni una sola de mis páginas que ella no haya leído, retocado, donde ella no haya arrojado un poco de su polvo de oro y azur. Y tan modesta, tan sencilla, tan poco "mujer de letras".

Daudet residió muchos años en su querido Champrosay; á su hogar acudían—un día de la semana—los artistas y escritores más renombrados de la Francia moderna: allí llevó Sully Prudhomme su dulce filosofía; Coppée, su triste humildad; Maupassant, su atormentada conciencia; los hermanos Goncourt, sus eternas neurósis, y tantos otros nombres gloriosos.

Daudet acosado durante muchos años por rebelde enfermedad, murió en 1897. Sus funerales fueron regios, sólo comparables á los de Víctor Hugo. El mundo entero se asoció al gran duelo de Francia y hoy rinde tributo de admiración y respeto á este gran novelista, gloria francesa del siglo XIX.

RUBEN DEL RIO.

PALABRAS INOLVIDABLES

(Continuación)

Durante an momento la paronesa permanecio inmovil, como queriento teer couas esas impresiones tagitivas; pero repenti-namente le vino na mea de que era inconveniente expiar asi a ese joven que dorma sin desconnanza, y continuo subiendo en puntinas, pero, ai negar a la unilha grana miro nuevamente ai extranjero: ros rayos del sol le panaban ya la cara, confundien-dose con hos mios de oro de su capellera... rapidamente se ocuito ai verie mover la cabeza.

En erecto, la luz no tarao en despertarlo completamente. Se enderezo primero y mitando pata todas partes, parecia preguntarse donde estaba... Una voz de mujer se elevo en ese inscance del portico vecino, una voz audee y ilena de expresion: An: he perdido mi Erudices.... El conocia esa melodia de la cerebre opera de citur, pero jamas la habia ondo cantar con tanto sentimiento. ¿No seria aqueno un sueno: En esa solenad, vajo el cielo de Italia, oir el aire de Orfeo en labios alemanes: Le levanto suavemente como si temiera que se le esfumara aquel nermoso saeno y quedoce así escuchando encantado. Al un lo venció la curiosidad y sin nacer rulao subio la escalera.

Apenas diego arriba cesó el canto y vió que la cantatriz se alejaba mumurando á media voz el resto de la melodia.

Con paso rápido se adelantó para alcanzarla, pero se detuvo repentinamente al ver que ella volvia la cabeza y lo miraba .orprendida.

-Señorita, le dijo, le ruego me perdone el que hava interrumpiuo su canto... Soy yo el más castigado... voy á retirarme al momento.

Lita se sonrojó un poco y después de un momento de vacilación dijo:

-Ua. no me ha incomodado absolutamente; y soy más bien yo la que debo excusarme por haber turbado su sueño, pero le conneso que lo he hecho expresamente. Ví que se había acostado en la hierba y que el soi le llegaba ya à la cara y es necesario haber nacido en este país para que aquello no haga dano. Los extranjeros toman fácilmente una insolación.

—Y Ud. ha reconocido tan pronto un extranjero en mí? en la cara quizá, en el cabello? Pero que poará Ud. pensar de bueno de un extranjero que no halla nada mejor en este pa-

raiso que ponerse á dormir?

—No tengo que decirle lo que pienso, replicó con un tono algo irónico; pero tranquilícese: no me he hecho ninguna reflexión sobre eso... Después de todo ¿por qué no dormir después de haberse saciado de un hermoso espectáculo?

-Saciado? ;ah nó! quise hacer un pequeño croquis de este paisaje; desgraciadamente no soy más que un pobre "dilettante" y la tarea fué superior á mis fuerzas!... Me desalenté; la tristeza se apoderó de mí y bien pronto el sueño compasivo me venció.

-Entonces no debe estar muy contento de que lo haya des-Me voy pues bien ligero para que vuelva donde su

Lita anudó las cintas de su sombrero de paja... El no po-día separar sus ojos de esa hermosa cara cuyo óvalo tan puro

día separar sus ojos de esa hermosa cara cuyo óvalo tan puro estaba más encantador todavía en ese cuadro.

—;Oh! señorita, ahora eso sería imposible. La idea de que Ud. deja estos lugares por mi causa no me dejaría tranquilo. Además no lo estoy desde mi llegada á Italia... y ¿sabe Ud. lo que me impide dormir? Le será difícil comprenderlo cuando sepa que no soy ni pintor, ni arquitecto, ni artista en ningún arte, sino un simple doctor en filosofía; sin embargo, lo que turbo tedas mis nechas no con esta con esta que ol gran Palladio. turba todas mis noches no es otra cosa que el gran Palladio!

A medida que él hablaba, ella lo miraba con mayor sorpre-sa. Al principio se chocó un poco del descaro con que se dirigía á ella, pues estaba acostumbrada á ver siempre á los jóvenes algo turbados ante su hermosura. Después encontró cierto

encanto en su misma confianza.

-Pero ¿qué le ha hecho á Ud. Palladio? replicó ella, sen-

tándose en el zócalo de la estatua de Júpiter.

—No sé si Ud. me comprendería, señorita. Para eso sería necesario que le hablara detalladamente de mi modesta perso-

necesario que le habiara detalladamente de mi modesta persona y eso no puede interesarla...

—;Pero por qué?... Haga la prueba!...

—Porque ella no es interesante, contestó con una sonrisa llena de tristeza, ;y cómo me lo permitiría, yo que no tengo el honor de ser conocido de Ud?... Verdaderamente tengo escrúpulo de haberla retenido tanto tiempo lejos de su sociedad. Una vez más, señorita le ruego me perdone...

Y se inclinó como para retirarse.

—¿Mi sociedad? contestó sonriendo. Ella hace lo mismo que Ud. momentos antes y quizá mejor, pues se ha buscado un rinconcito bien tranquilo para descansar, pero al abrigo del sol...
y de los indiscretos. Nó, no estoy apurada absolutamente, y
estaría muy contenta de saber cómo Palladio, que desde hace trescientos años cautiva la admiración de los hombres, le

ce trescientos años cautiva la admiración de los hombres, le infunde á Ud. tanta melancolía... Si Ud. no es artista, no serán pues sus laureles lo que le impiden dormir...

—¿Y si fuese eso? replicó vivamente el extranjero, fijando sus ojos en el suelo... Pero una vez más ¿para qué hablar de eso? Ciertas impresiones poderosas para el espíritu de un hombre no tienen fuerza alguna sobre el alma femenina. Si tuviese una hermana, no sé si la haría la confidente de mis pensamientos; ¿quiere Ud. que hablemos de otras cosas más interesantes?... ¿Ha visitado allá arriba el magnífico jardín del

monte berico, de donde se goza de una vista espléndida, dominango toga la cludad y las montanas: ына еспанцо la cabeza преда atras:

-yo no tengo el menor aerecho a vuestra condanza, dijo lentamente. Sin embargo, si un. me juzga ligeramente y con la medica comun que ustedes 100 nombres aplican a todo nuestro sexo paede equivocarse. A pesar de ser tan joven, ne tenido desgraciadamente que sufrir arganas impresiones que me nabria sido diffeil hacer comprender a una nermana, si la tuviera, y como no tengo absorutamente ganas de disertar sobre hermosos puntos de vista..

Y levantandose le muo una ligera inclinación de cabeza... que lo mizo inmediatamente sam de su desdenosa reserva.

—Fernoneme, senorita, le aljo sonriendo, si es que me he expresado de una forma incivia. Siento, en efecto, la sensacion un tanto extrana de estar aqui, como un cuipable, defante de una senora joven y extranje a que me somete a un interroga-torio, al cual no pueco contestar; pero no quiero que lleve Ud. una opinion mas de la que merezco y le confesare por tanto los sentimientos que este Palianio na despertado en mi

"Ud. también lo conoce. Sin duda ha contemplado ya tolas las maravillas que ha elevado en esta villa, desde esta sober-bia Basilica, esa obra maestra, única en gracia y majestad, hasta esta casita de cono, alineada entre las casas de los bur-gueses como un príncipe de sangre real que marcha entre las nlas porque quiere conquistar todos sus grados, empezando por

los más numildes. No sé si Ud. tendrá un sentido particular para la arquitectura, en cuanto á mí, me había faltado hasta ahora ó al menos dormía en mi interior: y es solamente aquí que se han abierto mis ojos y mi corazón para ella. Hasta anora había gustado de preferencia las otras artes... pero al llegar á Vicencio entré sin desconnanza á todos sus monumentos que llevan un solo y glorioso nombre y repentinamente se irguió para mí de todas esas columnas mudas, de esas pilastras y facnadas, una figura humana, una alma serena y sublime, la más amable que jamás haya encontrado. En las venas ac ese marmol he sentido que circulaba una sangre generosa, y allí en donde antes no veía más que una abstracción, donde la piedra artística realzaba la medida, la armonía y la proporción de sus partes, descubrí al fin un corazón humano que latía con fuerza, que me hablaba y al que comprendí admirablemente. Ud. vá á tomarme por un sonador fantástico, señorita, pero es Ud. misma quien me ha exigido esta confesión. Tal es mi locura pero locura bien sincera y es talvez aquí bajo esta cúpula ideal que la he sentido con mayor fuerza hasta el momento en que el sueño tuvo piedad de mí y me impidió al menos el continuar soñando des-

Ella se quedó un instante con la mirada perdida entre el jardín iluminado por el sol.

-¡Qué bien comprendo á Ud.! dijo al fin. yo también he tenido esos sentimientos, no en presencia de las obras maestras de la arquitectura sino en las de un arte muy cercano á ese; la música. ¿Conoce á Bach? Sí, pues bien, en algunas de sus fugas, las más enigmáticas, que la mayoría admiran sólo por su fuerte arquitectura, yo he sentido latir el corazón del gran maestro. Quizá mi alma tenga algo de semejanza con la suya. Me parece que la onda sanguínea tiene en mis venas el mismo ritmo que en su obra y que ella templa mi voluntad con la misma energía indomable.

"Ud. sonrie. Hace un momento fui para Ud. una curiosa y mire que ahora me le descubro voluntariamente. Confesar así abiertamente sus debilidades es sentirse ufana con ellas abiertamente sus debilidades es sentirse ufana con ellas ¿verdad? y sin embargo, le aseguro, que yo no lo estoly. Pero he querido corresponder de igual manera á su franqueza y que no sea él solo en la impresión de sufrir un interrogatorio. Dígame, no obstante, una cosa más: ¿por qué el hecho de haber encontrado aquí un hombre muy grande y amable, en vez del arquitecto de talento que esperaba, le inspira tristeza?

—Ah! señorita, para satisfacer esa pregunta sería necesario que le descubriese lo más íntimo de mi ser... lo que apenas me hubiese atrevido á revelar á mi propia madre.

me hubiese atrevido á revelar á mi propia madre...

—; No tiene ya la suya, caballero?

Nó, la perdí hace cinco años!

La mía vive aún, pero jay! ella sería la última que podría tomar por confidente. La muerte de mi padre á quien amaba tiernamente, la ha sumido en un dolor tal, que su razón ha detiernamente, la ha sumido en un dolor tal, que su razón ha de-saparecido casi por completo. Vive en una especie de penum-bra y casi insensible á todo lo que la rodea. Ya verá Ud. el mo-tivo por el cual parezco voluntariosa: me ha sido necesario te-ner voluntad por dos ¡qué digo! por tres, pues tengo un her-mano pequeño nacido algunos meses después de la muerte de mi padre. ¡Ah! créame, no es una dicha de verse tan joven obligada á rechazar todo ensueño, toda ilusión y encontrarse tan pronto gravada con la responsabilidad, con el deber de go-bernar una casa grande, y, hasta hacerse la tutora de su pro-poia madre! pia madre!

Pero ya le he hablado bastante de mí. Ahora le toca á Ud.! Vamos un momento al jardín, mientras tanto, mi buena Zeferina acabará de dormir su siesta. Le presentaré á la que fué mi aya y á quien gobierno yo ahora.
—; Zeferina? pregunté riendo ; qué nombre tan raro!

—Y bien poco á propósito para su físico, como lo verá; pero hace veinticinco años, cuando aún no había venido yo á este mundo, parece que lo llevaba muy bien. Figúrese que mi aya empezó su carrera sobre las tablas en calidad de bailarina: era hija de un francés, profesor de baile, que se había casado con una veneciana. Su agilidad y gracia para presentarse en el pros-cenio, sedujeron á un joven comerciante que quiso casarse con ella, pero como era muy joven todavía y fuera del francés, no tenía ninguna instrucción, la puso por algunos años en un convento. Desgraciadamente perdió á sus padres y poco tiempo vento. Desgraciadamente perdio a sus padres y poco tiempo después á su novio, que era su único protector y se encontró sola en el mundo. En esa época, precisamente, mi madre se preocupaba en encontrar para mi personita, una aya que supiese bien el francés. Ya entonces vivíamos en el campo, en nuestra propiedad de Hainstelfen, en Styrie; allí se hizo cargo la señorita Zeferina de guiar mis primeros pasos. Ahora todo ha cambiado: Eld vá en efecto cómo vigila en este momento: ha cambiado: Ud. vé en efecto cómo vigila en este momento; ella duerme el sueño de los justos en una sala vecina, dejándome desde hace media hora, en animada charla con un hombre joven y desconocido.

El se echó á reir con una carcajada clara y franca, al mismo tiempo que su fisonomía se animaba y tomaba un encanto de

juventud.

juventud.
—Ahora me toca á mí presentarme, dijo; pero en mi biografía todo es burgués y ordinario. Mi padre era profesor en un
Gimnasio y me educó con la idea de que su carrera era la
más alta á que yo podía aspirar. El tenía la pasión de enseñar;
yo no he tenido otra que la de aprender siempre y siempre
más y sobre todo de aprender á conocerme: he creído encontrar en mí las cualidades necesarias para ser un hombre útil; pero hay ya demasiados hombres en la sociedad que son de simple utilidad y ¿qué importa uno más ó menos? ¡Cuánto más hubiera preferido educarme por mi cuenta, adquirir un valor, una originalidad personal que me hiciera importante no sólo para un puñado de escolares, sino para la humanidad entera y particularmente mis contemporáneos! ¿Podrá esperar aquello con mi pobrísima provisión de filología y filosofía?... No tenía fortuna y por lo tanto estaba condenado á vegetar haciendo hacer la declinación de "rosa, rosoe" á alumnos de sexto año, esperando interpretar más tarde las obras de Platón á alumnos de naciente bigote!

Un disparate que hice, una buena acción con la que me beneficiaba al mismo tiempo, me sacó por un momento de la ru-tina. El disparate fué de haberme mezclado en la política, cotina. El disparate fué de haberme mezclado en la política, colaborando en un diario ; crímen imperdonable para un pedagogo! y que iba á costarme la cátedra, cuando murió un pariente muy lejano dejándome dos mil marcos. No esperé que me
significaran mi destitución y sacudiendo el polvo de la escuela
partí para Italia. En esta tierra bendita que durante siglos fué
la cuna de fuertes individualidades, me proponía hacer el último esfuerzo á fin de hacer desarrollar la mía. ¿En qué estilo
y bajo qué forma de actividad? ¡Eso me era indiferente!

Ahora comprenderá lo que ha podido inspirarme un sentimiento de melancolía y quizá de envidia al descubrir aquí á
ese Palladio cuyo genio, después de tantos siglos, permanece tan
vivo y digno de nuestra admiración. El también era un "descendiente", uno de esos hijos de generaciones decadentes sobre los
que pesa toda una herencia de ideas y de formas clásicas. Sin

vivo y digno de nuestra admiracion. El tambien era un "descendiente", uno de esos hijos de generaciones decadentes sobre los que pesa toda una herencia de ideas y de formas clásicas. Sin embargo, como él ha sabido sacar del tesoro de la antigüedad, tomar lo mejor, fundirlo en el crisol de su genio é imprimir al fin á sus obras su marca personal! Ah! aquel que ha sido capaz de ejecutar esta grande obra, vivirá; mientras que nosotros pigmeos, nosotros vegetamos, cortados por docenas en la tela común de la humanidad!

Mientras que hablaba con una exaltación creciente, sus ojos brillaban como si recibieran el reflejo del genio entrevisto: des-pués, con el desaliento de sus últimas palabras, sus rasgos to-

maron una expresión de bello y noble sufrimiento...

Después de un momento de silencio, perdido en su ilusión, continuó, tratando de sonreír:

—Pero lo más triste, señorita ; no es el que le hable de estas apreciaciones impotentes como si quisiera mendigarle un poco de piedad?... Sea generosa. Olvide todo lo que acabo de decirle; olvide á este desconocido que le ha hecho la confesión de su debilidad... La dejo ya, deseando con toda mi alma que siga como está ahora, para su dicha y la de otros. Adiós!

Levantando respetuosamente el sombrero la saludó y ya se alejaba cuando fué detenido por ella, que le dijo:
—Señor doctor ¿cree Ud. en el Destino, ó bien todo lo que sucede entre el cielo y la tierra es para Ud. el juego de una Providencia ó Fatalidad, como quiera llamarlo?

El la miró con sorpresa, tratando de adivinar en ese hermo-

rostro, lleno ahora de inmensa dulzura, el por qué le hacía

esta pregunta.

—En cuanto á mi, prosiguió ella, siento una especie de vértigo cuando trato de sondear ese abismo sin fondo; pero pronto vuelvo en mí cuando llega el momento de proceder. Ud. sabe ahora, por lo que acabo de decirle, cuál es nuestra situación de familia: permítame utilizar ahora mismo nuestra amistad, hecha de manera tan extraña y seguir una inspiración que tomo por la voz del Destino. Dígame sinceramente: ¿qué piensa hacer quendo se la hayer cacheda que des mil mercares. hacer cuando se le hayan acabado sus dos mil marcos y si to-davía no ha encontrado su camino en Italia?
—Señorita, quizá lo sabe Ud. ó lo presiente mejor que yo...
Me entrego en brazos del Destino.

—Lo que yo presiento es más bien triste... Pero dígame francamente ¿es en Italia necesariamente que debe decidirse su suerte? Temo que la soledad lo induzca á la melancolía y qui-

zá hasta la desesperación...; Me permite hacerle una proposición?

—¿Por qué nó, señorita?
—Pues bien: es la de interrumpir por algún tiempo sus peregrinaciones en este país y acompañarnos en nuestra propieregrinaciones en este país y acompañarnos en nuestra propiedad. Quizá se fastidiaria un poco, pero, supuesto que desea estudiarse no le será desfavorable á sus observaciones la monotonía de nuestra vida; y para que no tenga el menor escrúpulo para aceptar nuestra hospitalidad, le sería fácil utilizar sus descansos, ocupándose un poco de los estudios de mi hermano, haciéndonos con esto un gran servicio. Nuestro pastor está ya muy viejo y muy cansado, no tengo gran confianza en su latín y él mismo confiesa no saber ni una palabra de griego. El pobre César es un salvajito, pero muy buen niño, así que no tendría usted trabajo para dirigirlo á su antojo. Yo misma soy muy ignorante, de modo que también me beneficiaría con su

tendría usted trabajo para dirigirlo a su antojo. Yo misma soy muy ignorante, de modo que también me beneficiaría con su enseñanza ¿qué piensa Ud. de mi proposición?

"Pero nó, continuó enrojeciendo, pues sentía fija en ella la mirada del joven, no me diga todavía nada, ni mañana tampoco. Olvidaba que á Ud. no le gusta la enseñanza y que al menos no aceptaría un alumno sin conocerlo. Perdóneme que le haya hecho esta propuesta tan prematura; pero si Ud. pienle haya hecho esta propuesta tan prematura; pero si Ud. piensa que yo soy la única responsable de la educación de ese niño, comprenderá mi ardiente deseo de verlo educar en los principios que atribuyo á Ud. por lo que acaba de decirme. Mi padre lo hizo llamar César y él era un ferviente admirador de Napoleón á cuyo mando hizo su servicio. Sin embargo, temo mucho que el pobre niño no corresponda á sus esperanzas, ya que no tiene para guiar su educación más que á su hermana y un viejo sacerdote cuyas facultades están tan debilitadas. Si Ud. fuera un tanto supersticioso y considerara nuestro encuentro como una indicación del Destino, sería muy amable acom-Ud. fuera un tanto supersticioso y considerara nuestro encuentro como una indicación del Destino, sería muy amable acompañandonos hasta nuestra casa! Allí vería Ud. nuestro género de existencia y sobre todo conocería á mi César. Si el niño no fuera capaz de despertar su simpatía, Ud. nos lo diría francamente. Con eso sólo habría perdido Ud. dos ó tres semanas y en cambio conocería un lindo rincón del país. Nosotras partiremos mañana temprano, á las nueve; pero si para Ud. fuese un gran sacrificio el separarse tan pronto de su Palladio, esperaríamos hasta pasado mañana.

Con un espontáneo y gracioso ademán le tendió la mano, di-

ciéndole:

—Le doy las más sinceras gracias, señorita, por su amable ofrecimiento, pero le ruego me deje reflexionar hasta mañana. Su creencia en el Destino me ha ganado casi por completo, pues que nadie se escapa de él: pero como hemos sido educados en la ilusión de que somos los dueños de nuestras acciones y que debemos someterlas á nuestra razón, permitame esperar que una inspiración suprema acabe de determinarme esta noche. Sería un cumplimiento vano é indigno de Ud. si le dijera... Nó, prefiero callar. Dígnese solamente excusar mi turbación causada por la sorpresa. bación, causada por la sorpresa... No esperaba al dormirme al pie de esta Rotonda el ser despertado por una mensajera del Destino.

En ese momento oyeron un grito que demostraba inquietud. —Es la otra dormilona que se despierta, dijo la joven son-riendo. Venga, es necesario que se la presente: por el momen-to no tiene necesidad de informarse de nuestro plan. Pero olvidaba: no sé todavía á quién debo presentar...

—Mi nombre es Felipe Schwarz.

—Y el mío: Victoria Clemencia, baronesa de Hainstetten, pero Ud. me oirá llamar por mi aya, Lita. Ya viene un tanto asustada. Si quiere serle agradable, busque la ocasión para hacerle un cumplimiento sobre la gracia de sus modales. Mientras hablaban, se habían ido acercando á la escalera que

Zeferina bajaba á toda prisa, inquieta por el alejamiento de baronesa. Cuando esta le hubo presentado al joven, los t se dirigieron á la puerta en donde esperaba el carruaje. los tres

—; Quiere Ud. regresar con nosotras á la ciudad? preguntó Lita. Nos volvemos por el monte Berico. Sus montañas son más bellas bañadas por el sol poniente. No tema molestarnos, pues como Ud. vé hay bastante lugar.

El se excusó pretextando tener que retirar algunas cartas del correo y escribir otras.

¡Como Ud. quiera! contestó ella. Entonces ; hasta luego! como lo espero. Y se alejó haciéndole antes una ligera y amistosa inclinación de cabeza, mientras Zeferina lo saludaba agitando alegremente su quitasol.

II

Durante ese tiempo, en una habitación alta y espaciosa del "Albergo di Roma" permaneció sentada en un sofá una her-mosa señora; estaba rodeada de cartas de naipe esparcidas unas á sus pies y otras en sus faldas, cartas á las que hacía mil preguntas misteriosas. De tiempo en tiempo se levantaba, iba á la ventana ó al balcón, después tocaba el timbre y por la vigésima vez preguntaba á la camarera si la baronesa Victoria no había llegado todavía.

Volvía á tomar sus cartas, pareciendo insensible á todo lo demás. Su cara expresaba una atonia completa del pensamiento, sin embargo, parecía muy joven todavía. Tenía ya algunas hebras grises en sus cabellos, pero los ojos negros eran mag-nticos, con esa espresión de sorpresa y súplica que toman los ojos de los niños que acaban de reprender sin saber por qué. De repente su cara se iluminaba y tomaba una expresión de triunfo para volver á caer pronto en una completa indiferencia.

(Continuará).

Elena Reina de Italia y Elena Duquesa de Aosta



En medio de un pueblo belicoso nació na dulce Elena de Montenegro. Su padre el príncipe Nicolás y su madre la princesa Milena, la educaron esmeradamente sin esmeratamente sin imaginarse jamás que sería un día reina de Italia y que el amor le ofrecería un trono. Su idilio principió en Mcscow y continuó en la Exposición de Venecia. La joven Elena impresionada por su "estado de alma", es-

Elena, duquesa de Aosta

de San Petersburgo, firmada con el seudónimo: Nadalia. En él pintaba un ser misterioso, venido de otros mares, para ofrecerle un corazón que todas las mujeres se sentirían orgullosas de poseer tan grande, poble y generoso era

mares, para ofrecerle un corazón que todas las mujeres se sentirían orgullosas de poseer, tan grande, noble y generoso era... Su hermana Tera, fué su confidente. ¡Con cuánta alegría vieron ambas princesas llegar al puerto de Antivari, á la nave que conducía al príncipe cual otro Lohegrín!

El matrimonio fué sencillo, sin gran aparato. Los viejos soberanos abrazaron á su futuro yerno, el cual, volviéndose hacia su hermosa desposada, colocó en su brazo un soberbio brazalete de oro, cuajado de brillantes.

La enamorada pareja real fué á habitar el castillo de Capo di Monte. Qué cuadro más ideal para vivir su hermosa novela de amor, cuyas primeras páginas habían ojeado en los esplendores de la corte de Rusia, que ese Versalles napolitano, teniendo por horizonte la incomparable bahía cantada por los poetas, con el ruido encantador de las ondas de azur para rimar el himno que murmurarían sus labios... himno eternamente el mismo y siempre nuevo... dulce canción de amor que vuela mezclada al rumor de las alas de las aves, al estremecimiento de las hojas bajo el soplo de la brisa...

que vuela mezciada al rumor de las alas de las aves, al estre-mecimiento de las hojas bajo el soplo de la brisa... Afortunadamente para la princesa Elena habituada á la vi-da sencilla y familiar de la corte de Montenegro, el tiempo de la rígida "camarera mayor" había pasado, y esta hermana de las princesas griegas cantadas por Homero, no conoció en la aurora de su luna de miel, la odiosa esclavitud, que molestaba tanto á la pobre María Antonieta cuando era delfina de Francia.

Gozaban de esa vida de cuentos de hadas con la risueña indolencia de su juventud, entreviendo sólo en un lejano porvenir la corona que á veces es tan pesada de llevar, cuando repentinamente, una catástrofe sangrienta, el asesinato del rey Humberto, los arrancó de su retiro encantado colocándolos en el tropo de Italia. En casa memorata ella pascaleza con conseguir a recher trono de Italia. En esos momentos, ellos paseaban en su yacht "Yela", cuando se les trasmitió la espantosa noticia... El trono era poco envidiable, cubierto con esos dramas de sangre!

La nueva reina, que es poetisa como Isabel de Rumania, ha descrito el terror que le causó su nuevo reinado en un pequeño y delicado poema. Hé aquí la traducción:

"Sobre la cabeza del monarca brilla la diadema de oro. Su corona resplandece como llamas de luz... Quien la mira sólo vé el deslumbramiento del oro y el fuego de las pedrerías... Pero debajo hay otra que ciñe la frente del rey causándole mil heridas.

Desde el primer día ella se hizo amar de sus súbditos, unién-Desde el primer día ella se hizo amar de sus súbditos, uniéndose tiernamente en su dolor á la augusta reina Margarita,
tan hermosa, tan majestuosa, tan popular. Tímida en su hogar, es audaz ante el peligro. Alta, esbelta, con admirables ojos
negros, ama apasionadamente á su marido y á sus hijos. Las
princesitas Yolanda, Mafalda y Giovanna se le asemejan, mientras que el heredero del trono se parece á su abuelo paterno:
Víctor Manuel I, fundador de la unidad italiana.

Su morada favorita es Rancogini, que no tiene el mar sereno y azul como Capo di Monte, sino los Alpes de nevadas cimas las ricas llanuras de la campiña niamontesa extendiêndo-

mas, las ricas llanuras de la campiña piamontesa extendiéndo-se como un inmenso manto de terciopelo verde bordado de oro. Talvez por una inconsciente superstición ella cree que su dicha de mujer y de madre está más segura en esa antigua morada donde velarán cual protectoras de la raza de Saboya, tantas sombras santas como Clotilde, la piadosa hermana de Luis XVI y María Cristina, que vivió ahí antes de ir á morir sobre el trono de Nápoles. Quizás también la princesa montenegrina encuentra un encanto más intenso en esos paisajes alpestres que la recuerdan sus montañas natales. que le recuerdan sus montañas natales... es tan dulce, aunque el presente esté radiante de sol, volver la vista á los primeros años de la vida, á esa aurora donde todo es sonrisa, todo es ensueño, sin pensar en lo que guarda el porvenir con sus misterios y esperanzas!
Esposa y madre perfecta es también una mujer de alma su-

perior. En las grandes circunstancias, su carácter se ha reve-lado lleno de grandeza. En la tremenda catástrofe que arruinó la costa siciliana la soberana voló á socorrer á su pueblo. De-

sembarcó en Mesina y su primer movimiento fué de espanto, cubriéndose el rostro con las manos, estalló en sollozos. Pero la valerosa montenegrina, pronto se repuso, su misión era de coraje y de acción y aunque la tierra temblaba todavía, ella se consagró sin desfallecer á curar los heridos. Organiza las ambulancias, hace ella misma los vendajes, se prodiga en todas partes, conforta, infunde valor, se olvida de sí misma y cuando herida ella misma, le exije el rey su vuelta á Roma, se dedica sin cesar á enviar socorros á tantos desvalidos.

Hoy que la guerra conmueve al país y marchan millares de soldados y marinos á llevar la antorcha de la civilización y la fe á la Tripolitania, ella al lado del rey se une á su pueblo. De pie, en la plaza de Nápoles, ha presenciado el embarque de los valientes bersaglieri que gritan sonriendo: ¡Viva la patria! ¡Viva la Regina é viva il Ré!

Después de la reina Margarita, madre del rey Víctor Manuel y de la reina Elena, la tercera alta personalidad femenina que domina la sociedad romana es la duquesa Elena de Aosta, segunda hija de la condesa de París, hermana de Felipe de Orleans, de María Amelia, ex-reina de Portugal, de Isabel de Guisa y de la duquesa Luisa de Borbón.

Dotada de una alma entusiasta y generosa hasta el heroisma de para podera de la sorte para volor al testo.

bel de Guisa y de la duquesa Luisa de Borbón.

Dotada de una alma entusiasta y generosa hasta el heroismo, ha abandonado los placeres de la corte, para volar al teatro de la guerra á fortalecer con su dulce presencia el valor de millares de soldados italianos. Partió frente á las damas de la Cruz Roja y en las trincheras de Trípoli es la flor maravillosa que embellece las noches inquietas, los días dolorosos de los que heridos aspiran á vivir para triunfar. Su caridad es legendaria y antes de dar este hermoso ejemplo ya era respetada y adorada por el pueblo.

En Roma vivía rodeada de un círculo espiritual y literario.

da y adorada por el pueblo.

En Roma vivía rodeada de un círculo espiritual y literario.

El palacio en que brilla esta princesa de la familia de Orleans es como una etapa entre el Quirinal y el Vaticano. Los que la conocen poco, la encuentran algo fría de apariencia, pero las personas bastante favorecidas para penetrar en su intimidad quedan encantadas, al contrario, por su gracia benóvola y su experiente en encantadas. questa urbanidad. Talvez no poseerá como la reina Margarita la viveza entusiasta, la encantadora sonrisa de la "Benedetta Regina", de la "nostra Margherita", porque es tranquila y algo reservada. Ella como todos admira á la reina madre, que po-



La Reina Elena y sus cuatro pequeños príncipes, Yolan-la, Umberto, Juana y Mafalla

see el dón más que la ciencia de hacerse amar de todos sus súbditos.

Unida con profundo cariño á la reina Elena tienen ambas un

contra con protundo carino a la reina Elena dienen ambas un sólo corazón para amar á los desgraciados. ¡Italia! Bendita tierra, cuna de artistas, guerreros y poetas... tus hijos van cantando á la victoria ó á la muerte... los guían tres estrellas: la de Saboya, emblema de la Patria, el alma de Elena, su hermosa reina y el corazón de Elena duquesa de Aosta.

ESTER PRIETO DE DELL'ORTO.

EL AVIADOR ACEVEDO

CEVEDO es un tipo perfecto de chileno; tie-ne la mesura, el entusiasmo tranquilo, la sobria labia características d_e la raza. En sobria labia características de la raza. En sus ojos equilibrados y francos no hay la inquietud nerviosa, patrimonio de los países tropicales. En su alta talla, en sus hombros cargados y amplios hay sólo fuerza y serenidad: esta serenidad y esta fuerza, hijas de la salud, han sido simplemente carácter para hacerlo triunfar en esta batalla vicales. Palacios su fe profunda en el temperamento de

to de Nicolás Palacios, su fe profunda en el temperamento de criollo chileno; y una vez me convenzo yo mismo que ese espíritu de aventura, tantas veces admirado, no es sino un resultado de su fortaleza espiritual. Nadie se imaginó, sin duda, al verlo sereno y tranquilo al pie de su monoplano, que en su vida pasada hay talvez una aventura más arriesgada que cruzar los aires en el ingenioso aparato de Blériot; y ésta es la de abandonar la vida cómoda del hogar, el ambiente patrio, suguestionado por el riesgo heroico, por la vida peligrosa, por el esfuerzo épico de los pilotos europeos; y traer á esta tierra en forma positiva lo que allí es un problema enteramente resuelto. En su vida anterior había sido un sportman entusiasta: fué varias veces campeón en las carreras de biciclietas, y según me lo dijo, sentía ya ese amor de la velocidad, instintivo, sugestionante, casi embriagador que se transformó en un deseo imperioso al ver los vuelos de Cattaneo: debió soñar el curioso muchacho con la aureola que rodea al aviador, los aplausos entusiastas del público que se amontona extático para ver elevarse como por obra de magia, el rígido pajarraco humano, zumbador y pesado, en que el cuerço del piloto encajonado en un canasto viene siendo algo así como el tórax de la enorme libélula; debió sonreírse al ver que la afición en sus compatriotas se reducía á fabricar un artístico juguetito con alas de muselina, y retratarse con él; y como en cuerpo robusto de luchador había la entereza de carácter necesaria, sin auxilios apenas, sin las ventajas del idioma, hijo de un país casi desconocido, corrió á Europa á incorporarse como alumno en la escuela de aviación que dirige Blériot. Como hombre inteligente, comprendió que solicitar ayuda de un gobierno sud-americano cuando se es pobre y desconocido es algo superior á las fuerzas huque allí es un problema enteramente resuelto. En su vida antedo se es pobre y desconocido es algo superior á las fuerzas humanas; y hasía debió suponer que una comisión de esa especiera talvez una mala recomendación para comenzar. Es verdad que es muy grande la turba de mequetrefes que todos los años pen-siona el gobierno para que desprestigien al país en el extranjero. Pidió un consejo á un compatriota pensionado; y éste lo interrogó en esta forma:

-Trae Ud. dinero?

—Sí, unos tres mil pesos.
—Es poco: dedíquese á conocer París; y vuélvase á Chile. El aviador necesita ser rico.

Acevedo confiesa que sintió verdadero desalíento; pero ya e paso más difícil estaba dado; y volverse á Chile, sin dinero y sin monoplano, era la más vergonzosa de las derrotas. Su orgullo regional é instintivo de chileno lo salvó. Se presenta ante Blériot; y el aspecto decidido y simpático del joven que viene de

América en busca de gloria, seduce al aviador; y por una serie de transacciones, consigue incorporarse como alumno. Como hay que depositar una suma crecida de francos para indemnizar los



Luis Acevedo

deterioros de los novicios, Blériot debió sonreír, seguro del triunfo del chileno, al decir:

—El amigo Acevedo quebrará menos que los otros.

Y en efecto, hizo durante seis meses su curso de piloto; y obtuvo su diploma para ele-varse en cualquier punto de Europa; pero no an-staba glorias europeas: él

quería volver al terruño y dar á conocer lo que só-lo su poderoso individualismo de hombre de carácter pudo conseguir. De

seguro que para él sería más bello y mil veces más glorioso elevarse por so-bre los árboles del Parque

donde obtuvo sus triunfos de cilista, contemplar el cacerío disperso é irregular de Santiago y mirar desde el pequeño aparato que corta con caracterís-tico zumbido el claro cielo, la montaña andina, talvez empeñecida desde la altura. Pero aquí debía tropezar con más obstáculos que en la misma Fran-

cia. Su primer vuelo no tuvo resultado. Se le que-bró una ala al pájaro enorme; y Acevedo, segu-

ro de vencer, aunqua re-deado de gente envidiosa que hizo todo lo posible por retardar su vuelo á causa do bajas rivalidades pecuniarias, incansable,

restauró, avudado por su mecánico, los desperfectos de la caída; y un día, por sobre los árboles centena-



Acevedo en su monoplano Blériot, en "pose" para el fotógrafo

rios del Parque,, ante una concurrencia entusiasmada, el pájaro humano cruzó los aires y evolucionó gallardamente sobre sus cabezas.

el aviador sus impresiones en el aire con segura convicción. No hay voluptuosidad de ninguna especie en sus impresiones claras, limpias, equilibradas de hombre sano. En la sico-



En pleno vuelo

logía del aviador hay esa petrificación interior, esa frialdad vigorosa que caracteriza el alma del marino; talvez esa tensión del espíritu es aún más intensa, más honda que en el marino ó en el jinete, puesto que el aparato es á en el aire y su vida depende exclusivamente del

conocimiento que tenga el piloto del motor y del aeroplano.

Hay en su cierto arrojo su naturaleza instintivo, talvez de la misma pasta qu₂ el de los héroes, ciar-ta inconsciencia del peligro que es de seguro una resultante de su fuerza de voluntad. El aviador, más qu_e al temor de es-trellarse con la tierra, mi-ra á la habilidad de !a maniobra. Acevedo, asegura que, al elevarse en el Parque, no pensaba ni por un momento que podía peligrar su vida: pensaba que la pequeñez de la elip se le impedía talvez adquirir el vuelo necesario para salvar la muralla de arboles y entonces su pericia de piloto quedaca por los suelos, tan despe-dazada como los planos superpuestos de su aparato.

El apagar con su magnífico vuelo la maledicencia de sus rivales, el pa-searse á doscientos metros de altura alrededer del Parque, fué para él un triunfo tan hermoso como el de recibir su bre vet de piloto en el han

gar de la escuela de aviación de París. Y váyase lo uno por gar de la escuela de aviación de Paris. Y váyase lo uno por lo otro: el describir el ocho reglamentario en un espacio de quinientos metros y aterrizar sobre una pequeña superficie de tierra es, en realidad, tan difícil como elevarse en un espacio reducido, teniendo al frente el apretado bosquecillo de encinas que rodea el Parque. Agréguese á esto que su monoplano de cincuenta caballos es quizá de manejo más difícil que el pequeño aparato de Cattaneo, hecho exclusivamente para exhibiciones de esta especia

Y ya con el triunfo en la mano, el hombre no se detiene. Ni siquiera se ve petulancia, esa natural petulancia del que ha vencido, en su temperamento ágil y equilibradamente nervioso de hombre robusto. Esta es simplemente la primera etapa de su proyecto. Su ambición no se detiene en el triunfo ó el dinero que puedan reportarle sus vuelos. El mira más allá; y quien sin es-furzo de nadie, por el sólo esfuerzo de su voluntad, ha realizado lo que él, hará reales y efectivas las más descabelladas ambiciones.

El ha triunfado justamente en lo que triunfa el que tiene un ideal y una ambición, en aquello que es hijo exclusivo del propio temperamento, aquello que no doblega ni empequeñece el consejo del amigo ó el temor de una madre ó una esposa, aquel en que la miseria ó el obstáculo imprevisto desalientan sin vencer la fuerza de la idea fija y única.
—¿Qué necesita ahora?

Necesita que el Gobierno se preocupe de él; y le ayude generosamente.

El bueno de don Ramón, nuestro tranquilo y chilenísimo mandatario, al estrechar la mano del simpático muchacho que antes sólo debió conocerlo en las caricaturas de Wiedner, debe pen-sar que la habilidad de Acevedo es aprovechable para fundar una

vez por todas una escuela de aviación en el país, Nadie mejor preparado que él á quien el propio Blériot, en caso de realizar lo que proyecta, dará la agencia de sus aeroplanos en Chile.

Es inútil agregar que la fundación de esa escuela es algo de imprescindible necesidad. El Gobierno debe preocuparse de dar facilidades á otros jóvenes que no están en las mismas condiciones de estangente de preocuparse de de estangente. de esfuerzo y perseverancia que Acevedo. Cuenta el aviador que varios peruanos eran excelentes pilotos: su Gobierno los protegía ampliamente. Asímismo tienen en su ejército una flotilla de aeroplanos y excelentes aviadores militares.

Se presenta, pues, una oportunidad de primer orden de fundar una escuela de aviación y subvencionarla para poderla sostener en sus primeros pasos. Por suscripción popular Valparaíso regalará al Ejército un aeroplano: hay necesidad sólo del solar donde se construirá el hangar de la escuela nacional de aviación. El profesor no puede ser otro que Acevedo, cuyos certificados de illes en de aviación. piloto son de primer orden. Bien merece por su laboriosidad, por su perseverancia y por sus modestas condiciones de carácter que se le llame el fundador de la aviación chilena.

MARIANO LATORRE.

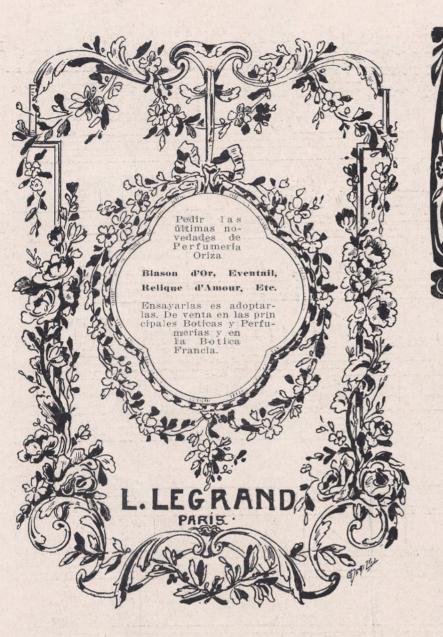
Santiago, Junio de 1912.



Aterrizando frente á las tribunas del Club Hípico







CRÈME SIMON

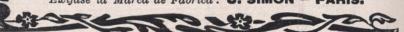
La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su exito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS. °



SELECTA

REVISTA MENSUAL ARTÍSTICA I DITADA POR LA EMPRESA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año \$ 10.00 Seis meses . . 5.50 Número suelto . 1.00



Nuestro Concurso de Bellezas



Fotografía del collar de perlas, obsequio de los señores fabricantes de la HARINA LAC-TEADA NESTLE, que será adjudicado como único premio á la señorita que obtenga la primera mayoría en la votación final del concurso.

CONCURSO DE BELLEZA DE "SELECTA" VOTACION DEFINITIVA
La agraciada con la mayoría de votos recibirá como premio el magnífico COLLAR DE PERLAS obsequiado por los señores Fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE y su retrato será reproducido en la Revista al tamaño de una párira y en colores.
Voto por el N.o
* Escríbase en números y en letras)
Firma
Ciudad
Fecha

Toda correspondencia referente á nuestro Concurso de Bellezas debe rotularse al DIRECTOR ARTISTICO DE "SELECTA", EMPRESA "ZIG-ZAG", SANTIAGO.



Señoritas que han obtenido el mayor número de votos

PROVINCIA DE TACNA

Tacna: Laura Cisternas
Arica: Elena Nieto

PROVINCIA DE TARAPACA

Iquique: Amy Mayne Nichols

PROVINCIA DE ANTOFAGASTA

Antofagasta: Sara Bustamante Tocopilla: Sara Gutiérrez Taltal: Ada Lois

PROVINCIA DE ATACAMA

Copiapó: Marta Briceño

PROVINCIA DE COQUIMBO

La Serena: Marta Munizaga Coquimbo: Paquita Suárez Ovalle: Matilde Varela

PROVINCIA DE VALPARAISO

Valparaíso: Raquel Merino Vicuña
" Raquel Luco C.
" Emma Bobillier
Quillota: Rosa Grez S.
Viña del Mar: Florencia Zegers B.

PROVINCIA DE ACONCAGUA

San Felipe: Rcsa Soza C.

PROVINCIA DE SANTIAGO

Santiago: Sara Besa Montt ,, María Cordero Vivanco ,, Josefina Vial Freire

> ,, Tula Montes M. ,, Kyrima Prieto Nieto

,, Lily Rogers Cavero Melipilla: Blanca Pizarro San Bernardo: Marta Mac Lear

PROVINCIA DE O'HIGGINS

Rancagua: Zunilda Lemaitre

PROVINCIA DE COLCHAGUA

San Fernando: Sylvia Salvatierra

PROVINCIA DE CURICO

Curicó: Graciela Correa PROVINCIA DE TALCA

Talca: María Larraín Molina: Elena Silva S.

PROVINCIA DE LINARES

San Javier: Blanca de la Cerda E. Linares: Aída Max Carte

PROVINCIA DE MAULE

Cauquenes: Blanca Pinochet Constitución: Ester Albornoz

PROVINCIA DE NUBLE

Chillán: Esther Martín A. San Carlos: Ofelia Caro R.

PROVINCIA DE CONCEPCION

Concepción: Domitila Urrutia Tancahuano: Viola Guzmán Florida: J. Amelie Mourgues

PROVINCIA DE ARAUCO

Lebu: Emma Hanne Cañete: Zenobia Godoy

PROVINCIA DE BIO-BIO

Los Angeles: Fresia Contreras Mulchén: Blanca Estela Ibieta

PROVINCIA DE MALLECO

Angol: Rosa Kind Victoria: Emilia Muñoz G.

PROVINCIA DE CAUTIN

Temuco: Cristina Marín Nueva Imperial: Berta Gutiérrez Lautaro: María del Sola:

PROVINCIA DE VALDIVIA

Valdivia: Rosario Guarda La Unión: Emma Grob W.

PROVINCIA DE LLANQUIHUE

Puerto Montt: Margarita Moreno Osorno Hanny Franke Calbuco: Isabel Mayorga

PROVINCIA DE CHILOE

Ancud: Isabel Bahamonde

PROVINCIA DE MAGALLANES

Punta Arenas: Antonieta Blanchard

















SUMARIO

Pá	ıgs.		ags.	
TEXTO		GRABADOS		
Hechos y Notas, Luis Orrego Lucc. Del derecho de pintar caracteres, R. de Montesquiou. El fin del Mundo, M. de Unamuno. Palomas en el Santa Lucía, M. Hacia el Teatro, G. Muñóz Medina. Glosas á la Imitación de Cristo, Antonio Borquez Solar. Francisco Sicard, H. Marcel. Palabras Inclvidables. Del Perú primitivo, I. Silva Vidal. Música, Gabriel Pierné.		Augurio de Año Nuevo, E. A. Piot. Los torreones de Tournus Buenas Noches, (fotografía artística) Orgullo de madre Mme. La Princesa de Conte, Drouais (hijo) (tricromía). Mozart en los salones de Mme. de Pompadour, Paredes INSERCION EN COLORES Retrato de Carlos Vernet (joven) por N. B. Lepicié,	. 95 . 103 . 106 . 111	

			ESTADO DE LA	1 VOI	ACIO.	N D	EFIN	NITIVA	DEL	C	ONCURS	O DE BELLEZA DE "SELECT	A"	
Por	el	número	uno				251	votos	Por	el	número	catorce	218	votos
,,			tres				228	"	33	,,,	"	quince	236	,,
,,	"	",	cuatro				196	"	"	,,,		dieciséis	21	,,
,,	,,	",	cinco	. /			120	", "	.,,	**		diecisiete	31	,,
,,	"	"	seis				51	,,	"	"	",	dieciocho	232	,,
,,	"	.,,	siete				195	,,	"	31	11	diecinueve	41	,,
,,	,,	",	ocho				242	,,	,,	"	,,	veinte	122	"
	,,	",	nueve				197	,,	,,	1.1	**	veintidós	119	"
"	,,	,,	diez				136	,,	,,	31	.,,	veinticuatro	118	,
**	,,	- "	once				408	**	,,	**	"	veinticinco	52	"
"	,,,	,,	doce				22	,,	.,,	**	**	veintinueve	370	**
"	,,	,,	trece			No. of	50	"	1					